



El
CIELO
y el
INFIERNO

**¿Qué es lo que enseña
realmente la Biblia?**

El
CIELO
y el
INFIERNO

*¿Qué es lo que enseña
realmente la Biblia?*

Introducción

La mayoría de las religiones y organizaciones eclesiásticas, incluidas casi todas las iglesias cristianas, enseñan que, al morir, las personas buenas van a cierta forma de paraíso celestial. Por lo general, el cielo se considera un lugar de inimaginable felicidad, el paraíso supremo. Se cree y se enseña que todos los que van allí vivirán gozosamente para siempre.

Sin embargo, teniendo en cuenta el maravilloso lugar que se supone que es, tal parece que nadie tiene ninguna prisa por estar allí.

De acuerdo con la mayoría de las creencias tradicionales, la muerte es la puerta al cielo; sin embargo, la vemos como algo que debemos evitar a toda costa. Si este viaje al cielo pudiera realizarse por medio de un “expreso celestial”, pronto descubriríamos que casi nadie está interesado en comprar un boleto. Veríamos que casi todas las personas prefieren continuar su vida actual aquí en la tierra en lugar de estar residiendo en el cielo. Nuestras acciones demuestran que, con muy pocas excepciones, esta es nuestra forma de pensar.

Una eternidad . . . ¿haciendo qué?

Tal vez una de las razones por las que no nos llama la atención ir al más allá es que nadie nos ha dicho claramente qué es lo que van a hacer los justos cuando lleguen al cielo. Si vamos a pasar la eternidad allí, es de esperar que Dios nos diga en la Biblia qué es lo que vamos a hacer. ¿Estaremos todo el tiempo tocando arpa o simplemente contemplando a Dios? Estos son conceptos populares del cielo, pero la gente no se imagina haciendo esto por toda la eternidad. Al fin y al cabo, ¡la eternidad es mucho tiempo!

Quizá debiéramos preguntarnos si estas ideas tan generalizadas provienen de la Palabra de Dios. Muchas personas que creen que van a ir al cielo, confiesan que es muy poco lo que las Escrituras nos dicen acerca de lo que vamos a

Este folleto no es para la venta.

Es una publicación de la Iglesia de Dios Unida,
una Asociación Internacional, que se distribuye gratuitamente.

Salvo indicación contraria, las citas bíblicas son de
la versión Reina-Valera, revisión de 1960.

El lector notará el uso del término *el Eterno* en lugar del nombre *Jehová* que aparece en algunas ediciones de la Biblia. La palabra *Jehová* es una adaptación inexacta al español del nombre hebreo YHVH, que en opinión de muchos eruditos está relacionado con el verbo *ser*. En algunas Biblias este nombre aparece traducido como *Yahveh*, *Yavé*, *Señor*, etc.; en nuestras publicaciones lo hemos sustituido con la expresión *el Eterno*, por considerar que refleja más claramente el carácter imperecedero e inmutable del “Alto y Sublime, el que habita la eternidad” (Isaías 57:15).

hacer cuando estemos allí. El historiador británico Paul Johnson lo expresó así: “Al cielo . . . le falta un incentivo real. De hecho, no tiene ninguna definición. Es el gran vacío de la teología” (*The Quest for God* [“En busca de Dios”], 1996, p. 173). Si el cielo es la meta que Dios les ha fijado a sus siervos, ¿por qué ha revelado tan poco acerca de esto en su Palabra, la Biblia?

Hay una razón muy importante que nos explica por qué cuando buscamos en la Biblia lo que van a estar haciendo eternamente en el cielo los “salvos” — aquellos que sean librados de alguna forma de castigo eterno— no encontramos respuestas. La explicación es sencilla: *La Biblia no dice en ninguna parte que la recompensa de los justos es ir al cielo*. Como veremos más adelante, la Biblia nos revela que Dios tiene en mente algo distinto, algo diferente pero muchísimo mejor que los conceptos que la mayoría de las personas tienen acerca del cielo.

Preguntas inquietantes acerca del infierno

Pero el cielo no es el único problema que tenemos que afrontar cuando consideramos los conceptos populares acerca de la vida después de la muerte.

La Biblia nos dice que Dios “ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia” (Hechos 17:31). En esa época, aquellos que se hayan arrepentido y se hayan sometido a Jesucristo como su Señor y Salvador, recibirán la vida eterna. Pero ¿qué sucederá con los injustos, aquellos que no den la medida? ¿Adónde irán a parar?

Muchos de los que profesan el cristianismo creen que los impíos se estarán quemando eternamente en las llamas del infierno. Dicen que estas son enseñanzas que se encuentran en la Biblia.

Pero conviene hacernos una pregunta muy importante: ¿Podría un Dios misericordioso someter a los seres humanos a un dolor y tormento inenarrables durante millones de años, por toda la eternidad? ¿Podría el Creador del universo ser tan insensible y desalmado? Aunque “la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23), el Dios de amor, justicia y misericordia no desea que ninguno, ni siquiera el impío más incorregible, sufra una agonía eterna.

“No hay otro nombre . . .”

Hay también otro aspecto de este tema que les preocupa a muchos. Uno de los hechos fundamentales de la Palabra de Dios es el siguiente: “En *ningún* otro hay salvación; porque *no hay otro nombre* bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:12). ¿Qué sucederá, entonces, con

aquellos desventurados que nunca han oído el nombre de Jesús? ¿Serán lanzados al fuego junto con aquellos que odian y rechazan a Dios?

La verdad es que son muchos millones los que nunca han tenido la oportunidad de aprender acerca de Jesucristo o de arrepentirse de sus pecados. Para gran número de ellos, esto se debe simplemente al *lugar* en donde viven. Muchos otros que vivieron en otras épocas tampoco tuvieron la oportunidad debido precisamente al *tiempo* en que vivieron. ¿Sería justo que Dios los sometiera al mismo castigo que les va a dar a aquellos que lo rechazan y se convierten en sus enemigos?

Estas preguntas no son hipotéticas —y ciertamente no son triviales— porque afectan a la mayoría de las personas que han vivido en toda la historia del hombre. Cuando examinamos sus últimas consecuencias, las respuestas tradicionales tienen unas implicaciones muy graves acerca del carácter, la naturaleza y el juicio del ser que los cristianos afirman adorar. Necesitamos afrontar estas preguntas de una manera directa y honrada. ¿No es hora de que examinemos la verdad bíblica acerca del cielo y el infierno?

Acompáñenos en un viaje por las páginas de la historia y de la Biblia. ¡Es muy posible que encuentre respuestas que le sorprendan!

La verdad bíblica acerca del alma inmortal

Las creencias más comunes acerca de lo que sucede después de la muerte están basadas en la enseñanza de que cada ser humano tiene un alma inmortal que debe ir a algún sitio después de que termina la vida física.

Esta creencia no es exclusiva del cristianismo tradicional. “Todas las religiones afirman que hay un aspecto del ser humano que sigue existiendo después de que la vida física ha terminado” (*World Scripture: A Comparative Anthology of Sacred Texts* [“Escrituras del mundo: Una antología comparada de textos sagrados”], Andrew Wilson, director, 1995, p. 225). En otras palabras, todas las religiones creen en alguna clase de esencia inmortal, un espíritu que sigue viviendo después de que muere el cuerpo físico. En el cristianismo tradicional, a esto se le llama “alma inmortal”.

Una de las razones por las que prevalecen ciertas creencias acerca del cielo y del infierno es la falta de un entendimiento adecuado de este tema. Si existe un elemento inmortal en el ser humano, debe liberarse del cuerpo cuando éste muere. Este concepto tiene su fundamento en la creencia del alma inmortal que sale del cuerpo en el momento de la muerte.

Pero ¿qué dice la Palabra de Dios acerca de la existencia de un alma inmortal? ¿Tiene esta creencia un fundamento bíblico?

Muchos se sorprenden al enterarse de que las palabras *inmortal* y *alma* no aparecen juntas en ninguna parte de la Biblia. “. . . Los teólogos confiesan abiertamente que la expresión ‘alma inmortal’ no está en la Biblia, pero afirman confiadamente que la Escritura *presupone* la inmortalidad de cada alma” (*The Fire That Consumes* [“El fuego que consume”], Edward William Fudge, 1994, p. 22).

El hecho de que semejante suposición tan importante no se enuncie explícitamente en la Biblia es algo sorprendente, y más cuando nos damos cuenta de cuánto defienden los teólogos esta doctrina. Pero si no se encuentra en la Biblia, ¿dónde se originó esta idea?

El *New Bible Dictionary* nos dice lo siguiente acerca de los orígenes de la doctrina del alma inmortal: “Los griegos pensaban que el cuerpo era un estorbo para la verdadera vida y ellos esperaban el momento en que el alma fuera liberada de sus ataduras. Su concepto de la vida después de la muerte era la inmortalidad del alma . . .” (“Nuevo diccionario bíblico”, 1996, p. 1010).

Según esta idea, en el momento de la muerte el cuerpo va a la tumba y el alma continúa existiendo como una entidad independiente y consciente.

La creencia en la separación entre el cuerpo y el alma estaba muy difundida en la sociedad griega, y la enseñó uno de sus filósofos más famosos. “La inmortalidad del alma era una de las doctrinas principales del filósofo griego Platón . . . En el pensamiento de Platón, el alma . . . tenía vida inherente y era indivisible . . . Existía antes que el cuerpo en el cual habitaba, y también lo sobrevivía” (Fudge, *op. cit.*, p. 32).

Cómo entró en el cristianismo la idea del alma inmortal

El Antiguo Testamento no enseña el concepto de la inmortalidad del alma. *La International Standard Bible Encyclopaedia* dice lo siguiente: “. . . En mayor o menor grado, siempre ha influido en nosotros la idea griega, platónica, de que el cuerpo muere pero el alma es inmortal. Esta idea es totalmente contraria al pensamiento israelita y no se encuentra en ninguna parte del Antiguo Testamento” (“Enciclopedia internacional general de la Biblia”, 1960, 2:812).

La iglesia del primer siglo tampoco tuvo esta creencia. “Se considera que esta doctrina es una innovación posapostólica, y no sólo no es innecesaria sino que es algo que impide directamente la interpretación y el entendimiento correctos de la Biblia” (Fudge, *op. cit.*, p. 24).

Si semejante idea no tenía cabida en la iglesia durante el tiempo de los apóstoles, ¿cómo llegó a ser tan importante en la doctrina cristiana?

Varios eruditos han reconocido que las enseñanzas de Platón y de otros filósofos griegos han ejercido una profunda influencia en el cristianismo. Jeffrey Burton Russell dice: “. . . Los teólogos son los responsables de que la idea no bíblica de la inmortalidad, en lugar de morir, floreciera . . . Éstos admiraban la filosofía griega [y] en ella encontraban respaldo para la idea del alma inmortal . . .” (*A History of Heaven* [“Historia del cielo”], 1997, p. 79).

El *Interpreter's Dictionary of the Bible* nos dice que “la ‘partida’ del *nefesh* [voz hebrea que a veces se traduce por “alma”] debe ser considerada como una figura literaria, porque éste no continúa existiendo independientemente del cuerpo, sino que muere con él . . . Ningún texto bíblico respalda la afirmación de que el ‘alma’ se separa del cuerpo en el momento de la muerte” (“Diccionario bíblico del intérprete”, 1962, 1:802).

¿Debemos aceptar una enseñanza que no proviene de las Sagradas Escrituras? Muchas personas dan por sentado que sus creencias están basadas en la vida y enseñanzas de Jesucristo o que en alguna forma están fundamentadas en la Palabra de Dios. Sin embargo, en su oración al Padre, Jesús dijo: “Tu palabra es verdad” (Juan 17:17). ¿Le ha dado Dios al hombre la libertad de tomar conceptos de los filósofos del mundo y de incorporarlos dentro de las enseñanzas bíblicas?

Dios inspiró al apóstol Pedro a escribir: “Entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1:20-21). Debemos analizar las palabras de Jesús, de los profetas y de los apóstoles, tal como están consignadas en las Sagradas Escrituras, si es que queremos entender la verdad acerca de la doctrina de la inmortalidad del alma o de cualquier otra enseñanza religiosa.

Investiguemos en las Escrituras para ver realmente lo que la Biblia nos dice acerca del alma.

El alma en las Escrituras hebreas

El Antiguo Testamento nos enseña que el alma muere. En Génesis 2:7 leemos acerca de la creación de Adán. Cuando Dios le dio vida a Adán, éste fue “un ser viviente”. En otros pasajes de la Escritura se utiliza la misma expresión, “ser viviente”, aun cuando se hace referencia exclusivamente a los *animales* y no a los seres humanos (Génesis 9:12; Levítico 11:46).

Dios le dijo a Adán y a Eva que si le desobedecían, ciertamente *morirían* (Génesis 2:17; 3:2-3). Dios también le dijo a Adán que él había sido tomado del polvo de la tierra y que volvería a ella (Génesis 3:19).

En el Antiguo Testamento, la voz hebrea *nefesh* se utiliza para referirse al hombre en más de 130 ocasiones. También se usa para referirse a las criaturas del mar (Génesis 1:20-21), a las aves (v. 30) y a los animales en general, incluido el ganado y los que se arrastran, como los reptiles (v. 24).

Por lo tanto, si decimos que el hombre es un alma inmortal que habita temporalmente un cuerpo físico, tendremos que decir lo mismo acerca de los animales, porque en la Biblia se utiliza el mismo término para referirse tanto al uno como a los otros. Sin embargo, ningún erudito serio haría semejante pronunciamiento acerca de los animales. La verdad es que el término *nefesh*, que en algunos pasajes se traduce por “alma”, se aplica a cualquier ser viviente (ya sea hombre o animal), y no a alguna esencia viva e independiente que habita el cuerpo.

Una de las afirmaciones categóricas que hace la Biblia acerca del “alma” es que ésta *puede morir*. En Ezequiel 18:4 y 18:20 podemos leer claramente que “el alma que pecare, esa *morirá*”. El contexto de estos versículos nos muestra que el alma se identifica con el ser humano mismo, no con una entidad separada que existe independientemente del huésped físico.

Las Escrituras nos dicen que los muertos no tienen conciencia: “Los que viven saben que han de morir; pero los muertos *nada saben* . . .” (Eclesiastés 9:5). No siguen conscientes en otro estado u otro lugar.

La enseñanza del Nuevo Testamento

El Nuevo Testamento contiene varias afirmaciones que confirman que los impíos incorregibles van a morir en forma definitiva y permanente.

En Mateo 7:13-14 Jesús exhorta a sus discípulos para que escojan el camino que conduce a la vida: “Entren por la puerta estrecha. Porque es ancha la puerta y espacioso el camino que conduce a la *destrucción*, y muchos entran por ella” (Nueva Versión Internacional). Luego, hablando del camino de la justicia, dice: “Pero estrecha es la puerta y angosto el camino que conduce a la *vida*, y son pocos los que la encuentran”. En estos versículos se establece un contraste directo entre dos conceptos opuestos: la destrucción y la vida.

Jesús dejó muy claro cuál era el propósito de su vida: “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Juan 10:10). Aunque la obediencia a Jesús y a Dios ciertamente trae bendiciones ahora, es innegable que el aspecto principal de la misión de Jesús era preparar el camino para que los seres humanos puedan heredar la vida *eterna*, la vida inmortal en el Reino de Dios. Jesús se identificó a sí mismo como “el pan que descende del cielo, para que el que de él come, *no muera*” (Juan 6:50). Si el hombre ya tuviera inherente la vida eterna por el hecho de poseer un “alma inmortal”, ¿qué sentido tendría que Jesús se ofreciera para que el hombre *no muriera*?

El apóstol Pablo también declaró que los inicuos morirán: “¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de

aquel a quien obedecéis, sea del pecado para *muerte*, o sea de la obediencia para justicia? . . . Porque cuando erais esclavos del pecado, erais libres acerca de la justicia. ¿Pero qué fruto teníais de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es *muerte*” (Romanos 6:16, 20-21). Aquellos que sean esclavos del pecado, aquellos que se nieguen a arrepentirse de su desobediencia a Dios, *perecerán*.

Romanos 6:23 es uno de los versículos que más claramente destaca la realidad del tema que nos ocupa. Sin embargo, muchas personas o hacen caso

¿Enseña la Biblia que tenemos un alma inmortal?

Algunos creen que hay varios pasajes de la Escritura que respaldan la creencia en un alma inmortal. Analicemos tres de estos pasajes y entendamos lo que dicen realmente.

Mateo 10:28

“No temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno” (Mateo 10:28).

¿Acaso Jesús estaba afirmando aquí que el alma es inmortal? Si analizamos detenidamente este versículo veremos que lo que Jesús realmente enseñó era que el alma, lejos de ser inmortal, es susceptible de ser destruida por fuego.

Él estaba advirtiendo acerca del juicio de Dios. Dijo que no hay que temer a aquellos que pueden destruir únicamente el cuerpo físico (del griego *soma*), sino que debemos temer a Dios porque él es capaz de destruir también el alma (*psyjé* en griego). En palabras sencillas, Jesús estaba mostrando que cuando un hombre mata a otro, esta muerte es algo temporal. Dios puede resucitarlo, bien sea en esta vida (Mateo 9:23-25; 27:52; Juan 11:43-44; Hechos 9:40-41; 20:9-11) o

en el futuro (Juan 5:25-29). Debemos reverenciar a Dios, quien es el único que puede eliminar toda posibilidad de una resurrección posterior. Cuando Dios destruya a alguien en el “infierno”, esa destrucción será definitiva y permanente.

¿De qué “infierno” se está hablando en este versículo? La palabra griega que se utiliza aquí es *gehenna*, que proviene de la combinación de dos palabras hebreas: *ge* e *hinnom*, que quieren decir “valle de Hinom”. Este término se refería originalmente al valle que está al sur de Jerusalén, donde se adoraban deidades paganas.

Por la reputación que tenía este valle de ser un lugar abominable, más adelante se convirtió en un botadero de basura en el cual se quemaba todo tipo de basura y desechos. *Gehenna* se convirtió en sinónimo de “quemadero”, un sitio en el cual se tiraban y se quemaban los desperdicios.

Sólo Dios puede destruir completamente la existencia humana y además quitar toda esperanza de resurrección. Las Escrituras nos enseñan que Dios va a quemar a los impíos incorregibles y reducirlos a cenizas (Malaquías 4:3; Apocalipsis 21:8).

omiso de lo que dice o lo interpretan de una manera que le cambia totalmente el sentido. Pablo escribió: “La paga del pecado es *muerte*, mas *la dádiva de Dios es vida eterna* en Cristo Jesús Señor nuestro”.

En este versículo encontramos dos verdades fundamentales pero no siempre comprendidas. Primero, que el castigo de los impíos es la *muerte* —la cesación de la vida— no una vida eterna de sufrimiento en algún otro lugar. Y segundo, que nosotros *no* poseemos vida inmortal, pues ésta es algo que Dios tiene que *darnos*. De este versículo aprendemos que no poseemos nada de

1 Tesalonicenses 5:23

Muchos se sienten confundidos por la expresión que el apóstol Pablo utilizó en su primera carta a los tesalonicenses: “Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo” (1 Tesalonicenses 5:23).

¿Qué quiso decir el apóstol con la frase: “todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo”?

Al decir espíritu (*pneuma* en griego), Pablo se estaba refiriendo a la mente humana, la que nos da la capacidad de razonar, crear y analizar nuestra existencia. Por “alma” (*psyjé*) Pablo estaba hablando de la vida física y su conciencia. Al hablar de “cuerpo” (*soma*) se refería al organismo humano. Pablo deseaba que la totalidad de la persona—su mente, energía vital y cuerpo físico— estuviera santificada e irreprochable.

Apocalipsis 6:9-11

“Cuando abrió el quinto sello, vi bajo el altar las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían. Y clamaban a gran voz, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra?” (Apocalipsis 6:9-10).

Para entender este pasaje debemos tener en cuenta el contexto. El apóstol Juan estaba recibiendo una visión mientras estaba “en el espíritu” (Apocalipsis 4:2). Por inspiración estaba viendo, por medio de símbolos, ciertos eventos que van a ocurrir en el futuro. El quinto sello representa la gran tribulación, un tiempo de conflicto mundial que precede al regreso de Cristo. En esta visión, Juan ve bajo el altar a los creyentes que han sido martirizados por su fe en Dios. Éstos simbólicamente claman: “¡Venga nuestra sangre!” Esto puede ser comparado a “la voz de la sangre” de Abel que clamaba a Dios desde la tierra (Génesis 4:10). Ni las almas ni la sangre pueden hablar literalmente; estas frases demuestran, en lenguaje figurado, que el Dios de justicia no va a olvidar las malas obras que la humanidad ha realizado en contra de sus fieles siervos.

Este versículo no describe almas inmortales que han ido a vivir al cielo. La Biblia confirma que “nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo” (Juan 3:13). Aun el rey David, un hombre conforme al corazón de Dios (Hechos 13:22), fue descrito por el apóstol Pedro como alguien que “murió y fue sepultado” (Hechos 2:29), no alguien que siga vivo en el cielo o en algún otro estado o lugar. □

inmortalidad; antes bien, tenemos que recibirla como don de Dios por medio de nuestro Salvador Jesucristo.

El apóstol Pablo dice algo parecido en Gálatas 6:8: “El que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del

La historia de la enseñanza del alma inmortal

La expresión *alma inmortal* no se encuentra en ninguna parte de la Biblia. ¿En dónde se originó, entonces, la idea de un alma que no puede morir?

El concepto de la supuesta inmortalidad del alma se enseñó por primera vez en el antiguo Egipto y en Babilonia. “La creencia de que el alma continúa existiendo después de que el cuerpo se desintegra es . . . una especulación . . . que no se enseña explícitamente en ninguna parte de las Sagradas Escrituras . . . La creencia en la inmortalidad del alma llegó a los judíos por medio del contacto con el pensamiento griego y primordialmente por medio del filósofo Platón, su principal expositor, quien a su vez fue llevado a creerlo por los misterios órficos y eleusinos, los cuales mezclaban en forma extraña creencias babilónicas y egipcias” (*Jewish Encyclopedia* [“Enciclopedia judía”], 1941, 6:564, 566).

Platón (428-348 a.C.), filósofo griego y discípulo de Sócrates, enseñaba que el cuerpo y el alma inmortal se separaban en el momento de la muerte. En *The International Standard Bible Encyclopaedia* se hace el siguiente comentario acerca del concepto que se tenía del alma en el antiguo Israel: “. . . Nosotros siempre recibimos en mayor o menor grado la influencia de la idea griega platónica de que el cuerpo muere, pero el alma es inmortal. Esta idea es totalmente contraria al conoci-

miento israelita y no se encuentra en ninguna parte del Antiguo Testamento” (“Enciclopedia internacional general de la Biblia”, 1960, 2:812).

Aun cuando el evangelio de Cristo estaba siendo predicado en el mundo griego y en el romano, las filosofías griegas influían en el cristianismo primitivo. Por el año 200 la doctrina de la inmortalidad del alma originó una controversia entre los que se consideraban cristianos.

En *The Evangelical Dictionary of Theology* se hace notar el hecho de que Orígenes, teólogo antiguo y muy respetado, tuvo la influencia de los pensadores griegos: “Después de la muerte de los apóstoles, la filosofía griega tuvo una influencia profunda en las especulaciones de la iglesia acerca del alma. Esto es evidente en el hecho de que Orígenes aceptó la doctrina de Platón según la cual el alma, originalmente, preexistía como mente pura (*nous*), la cual, a consecuencia de su caída de Dios, se enfrió y se convirtió en el alma (*psyjé*) cuando perdió su participación en el fuego divino al volver la mirada hacia la tierra” (“Diccionario evangélico de teología”, 1992, p. 1037).

La historia secular nos revela que el concepto de la inmortalidad del alma es una creencia muy antigua que fue aceptada por muchas religiones paganas. Pero no es una enseñanza bíblica ni apostólica. □

Espíritu *segará vida eterna*”. Esto nos muestra que la vida eterna es algo que podemos recibir en el futuro, pero no es algo que ya poseemos.

Y en Filipenses 3:18 Pablo habla acerca de aquellos que son “enemigos de la cruz de Cristo”. El versículo 19 nos dice que su fin es la perdición, no el tormento eterno en otra vida después de la muerte.

La verdad acerca de la mortalidad del hombre está implícita en estas palabras de Jesús: “El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte” (Apocalipsis 2:11). La segunda muerte es la que sobrevendrá como resultado de ser lanzado “en el lago que arde con fuego y azufre” (Apocalipsis 21:8; ver también 20:6, 11-15). La segunda muerte es definitiva e irrevocable, pues de ella no habrá resurrección.

¿Tiene entonces el hombre un alma inmortal, o es el hombre un alma inmortal? La Biblia afirma categóricamente que el hombre es temporal, del polo de la tierra. Los seres humanos no tenemos inmortalidad inherente.

En las Escrituras se nos revela que los que se salven se vestirán de inmortalidad (1 Corintios 15:53-54); recibirán la vida eterna como dádiva de Dios por medio de la *resurrección*. Esto ocurrirá en el momento del retorno de Jesucristo, al sonar la última trompeta (vv. 50-52), y no en el momento en que finaliza la vida física. Hasta ese momento, la vida del hombre no es más permanente que la de los animales.

¿Podrá un Dios amoroso atormentar a las personas en el fuego para siempre?

Hagamos una prueba. O quizá sea mejor solamente imaginárnosla, ya que la prueba en sí misma sería muy dolorosa.

Si usted enciende un fósforo y sostiene un dedo en esta pequeña llama por espacio de cinco segundos, ¿qué sucederá? De inmediato usted gritará, y en los días siguientes se sentirá muy angustiado con el dolor de la quemadura.

Tal vez usted ha visto a una persona quemada que ha quedado desfigurada después de tan terrible experiencia. Imagínese caminando en medio de llamas que le quemen y le carbonicen la piel. ¿Qué clase de agonía cree que sentiría si esto durara unos segundos, o un minuto o *toda la vida*?

¡La idea es horripilante! El solo hecho de imaginar que alguien quisiera torturar a otro por este medio es devastador.

Entonces ¿por qué hay tantas personas que están dispuestas a aceptar la idea de que el Dios que adoran y al cual tienen en tan alta estima, será capaz de infligir semejante castigo no sólo a unos pocos, sino a una gran multitud de personas que muere diariamente? ¿Cómo puede encajar esto con la descripción que encontramos en la Biblia de un Dios infinitamente amoroso y misericordioso?

El concepto tradicional

Por siglos se ha enseñado el punto de vista tradicional de que el infierno es un caldero hirviente de castigo interminable. Tal vez el primero que expuso esta teoría entre los cristianos fue Tertuliano, quien vivió entre los años 160 y 225

d.C. Luego, en el tercer siglo Cipriano de Cartago escribió: “Los condenados se quemarán para siempre en el infierno. Las llamas devoradoras serán su destino eterno. Sus tormentos no disminuirán ni tendrán fin” (Peter Toon, *Heaven and Hell: A Biblical and Theological Overview* [“Cielo e infierno: Un resumen bíblico y teológico”], 1986, p. 163).

Este punto de vista ha sido reconfirmado oficialmente en muchas ocasiones. Un edicto del concilio de Constantinopla (el moderno Estambul), del año 543, afirma lo siguiente: “. . . Cualquiera que diga que el castigo de los demonios y de los impíos no será eterno . . . sea anatema” (D.P. Walker, *The Decline of Hell: Seventeenth-Century Discussions of Eternal Torment* [“La decadencia del infierno: Discusiones acerca del tormento eterno en el siglo XVII”], 1964, p. 21).

En 1215, el concilio de Letrán reafirmó su creencia en el castigo eterno con estas palabras: “Los condenados irán al castigo eterno con el diablo . . .” (Toon, *op. cit.*, p. 164). La confesión de Augsburgo, de 1530, dice lo siguiente: “Cristo regresará . . . para dar vida eterna y gozo imperecedero a los creyentes y a los elegidos, y a condenar a los hombres impíos y a los demonios al infierno y al castigo eterno” (Toon, *op. cit.*, p. 131).

Las enseñanzas acerca de este tema han variado inmensamente, dependiendo del teólogo o de las ideas del historiador eclesiástico que uno lea. Pero hablando en términos generales, la creencia más comúnmente aceptada es que el infierno es un lugar en el que las personas son torturadas, pero nunca consumidas, por llamas que nunca se extinguen.

El lugar del infierno ha sido ampliamente discutido. Algunos tienen la idea de que es en el Sol. Por siglos, la idea más aceptada ha sido que el infierno está dentro de la Tierra en una gran cámara subterránea. La descripción más clara y detallada del infierno como un lugar, tal como el hombre lo ha proclamado, no se encuentra en la Biblia sino en un libro del siglo XIV, *Divina Comedia*, obra del poeta italiano Dante Alighieri. Dante describió un viaje imaginario a través del infierno, repleto de personas sometidas a sufrimientos indescriptibles.

El concepto popular del infierno es una mezcla de pequeñas porciones de la verdad bíblica combinadas con ideas paganas e imaginaciones humanas. Como veremos, esto ha producido una imagen totalmente errónea de lo que ocurre con los impíos después de la muerte.

Conceptos modernos acerca del infierno

Una interpretación más moderna rechaza la idea del tormento físico y alega que la tortura del infierno es la angustia mental causada por la separación de

Dios. Cada vez es mayor el número de personas que acepta esta versión de la enseñanza acerca del infierno.

El papa Juan Pablo II “declaró que ‘el infierno no es un castigo externo impuesto por Dios’, sino que es la consecuencia natural de la decisión que toman los pecadores no arrepentidos de vivir separados de Dios” (revista *U.S. News & World Report*, 31 de enero de 2000, p. 48). Otros han rechazado por completo la doctrina del castigo del infierno y creen que todos serán salvos.

¿Por qué hay tantas diferencias en las enseñanzas acerca del infierno? La razón es que, al igual que sucede con la creencia en la inmortalidad del alma, los conceptos erróneos del infierno están basados en las ideas del hombre, no en las enseñanzas de la Biblia.

Un Dios furioso

Una de las descripciones más gráficas de los tormentos del infierno, tal como ha sido concebido por el hombre, fue dada por el teólogo puritano Jonathan Edwards en un sermón en 1741 titulado “Pecadores en las manos de un Dios furioso”. Él dijo: “El arco de la ira de Dios está tenso y sus flechas han sido preparadas . . . [por] un Dios furioso . . . ¡Nada, excepto su sola voluntad, impide que en este momento usted sea sumido en la destrucción permanente! El Dios que lo mantiene a usted suspendido sobre el abismo del infierno, como quien mantiene una araña o algún insecto odioso sobre el fuego, lo aborrece a usted y ha sido provocado espantosamente; la ira que siente por usted arde como el fuego; él considera que usted no merece nada distinto, excepto ser lanzado al fuego . . .

”A sus ojos, usted es diez mil veces más abominable que la más odiosa serpiente venenosa lo es a los nuestros. Usted lo ha ofendido . . . y nada, excepto su mano, lo sostiene para que no caiga en el fuego en cualquier momento . . .

”¡Oh pecador! Considere el espantoso peligro en el que está: usted está suspendido por la mano de Dios sobre un horno gigantesco de ira, un foso ancho y sin fondo, lleno del fuego de la ira . . . Usted está pendiendo de un hilo delgado, rodeado por las llamas de la ira divina que se alzan amenazadoras, listas en cualquier momento para quemar este hilo para que se rompa”.

Este concepto falso de Dios y del infierno es tan terrible que la perspectiva de semejante destino causó una gran angustia, miedo y ansiedad en muchos puritanos. “El énfasis desmedido en el infierno y en la condenación, unido a una excesiva auto-crítica, condujo a muchos a la depresión clínica; el suicidio parece haber sido muy común” (Karen Armstrong, *A History of God* [“Historia de Dios”], 1993, p. 284).

Los puritanos no han sido los únicos en sentirse atormentados por el temor al fuego del infierno. Desde que este concepto no bíblico ha sido incorporado en las enseñanzas religiosas, son muchas las personas que se han visto aterrorizadas por él. Al igual que Jonathan Edwards, muchos otros predicadores y maestros se han valido de métodos parecidos para intimidar a las personas y hacer que crean y obedezcan.

Una de las razones por las que ha sobrevivido este concepto del infierno es porque los teólogos creyeron que tal enseñanza detenía a las personas de hacer el mal. “Se creía que si el temor del castigo eterno fuera removido, muchas personas se comportarían sin ninguna restricción moral y la sociedad caería en una orgía de anarquía” (Walker, *op. cit.*, p. 4).

¿Puede un Dios compasivo torturar para siempre?

¿Es posible reconciliar el concepto de un Dios que aterroriza a las personas con el miedo del tormento eterno en el infierno, con el compasivo y misericordioso Dios que encontramos en la Biblia? El Dios verdadero es un Dios de amor que no quiere que ninguno perezca (2 Pedro 3:9). Nos dice que debemos amar incluso a nuestros enemigos (Mateo 5:44). Él “hace salir su sol sobre malos y buenos, y . . . hace llover sobre justos e injustos” (v. 45). Sin embargo, el concepto tradicional del infierno nos haría creer que Dios castiga de una manera cruel y vengativa a sus enemigos *por toda la eternidad*.

La idea de que Dios sentencie a las personas al castigo eterno es algo tan repulsivo que ha hecho que algunos dejen de creer en Dios y que le den la espalda al cristianismo.

Tenemos, por ejemplo, el caso de Carlos Darwin, quien en su autobiografía privada escribió: “Así, la incredulidad me envolvió lentamente, pero por fin se hizo completa . . . No puedo entender cómo alguno quisiera que el cristianismo fuera verdad; si esto es así, el lenguaje del texto parece indicar que los hombres que no crean . . . serán castigados eternamente. Esta es una doctrina abominable” (Paul Martin, *The Healing Mind: The Vital Links Between Brain and Behavior, Immunity and Disease* [“La mente que sana: Las correlaciones esenciales entre el cerebro y la conducta, la inmunidad y la enfermedad”], 1997, p. 327).

Pero el problema no es que la Biblia enseñe esta “doctrina abominable”, sino que ¡los hombres han propagado una interpretación errónea de lo que la Biblia realmente dice!

Otros aspectos de la doctrina tradicional del infierno simplemente son una ofensa para los sentidos. Uno de ellos es que las personas justas, las que

se salven, podrán observar el tormento de los impíos. “. . . Parte de la felicidad de los justos consiste en contemplar los tormentos de los condenados. Esta visión les produce gozo porque es una manifestación de la justicia de Dios y su odio por el pecado, pero más que nada porque marca el contraste y les permite reconocer su propia felicidad” (Walker, *op. cit.*, p. 29).

Según este razonamiento perverso, los padres tendrían que presenciar el sufrimiento de sus propios hijos, y viceversa. Los esposos y esposas verían la tortura interminable de sus cónyuges. Lo peor de todo es que esta doctrina hace ver a Dios como un monstruo sádico y cruel.

Distintas palabras, distintos conceptos

En el hebreo y el griego, idiomas en que originalmente fue escrita la mayor parte la Biblia, hay diferentes palabras que designan distintos aspectos de lo que les sucede a los muertos, y sólo una tiene que ver con el fuego. Veamos por qué hay tanta confusión acerca de este tema.

Pasajes malentendidos

La idea de que el infierno es un lugar de tormento que arde perpetuamente, proviene en parte de un malentendido acerca de lo que dice Apocalipsis 14:9-10: “Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca . . . será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y el Cordero”.

Tengamos en cuenta que el versículo 8 señala el tiempo en que se cumplirá este versículo. Está hablando de la destrucción de la moderna “Babilonia”, lo que sucederá cuando regrese Jesucristo.

Mateo 25:31 nos dice que a su regreso, Cristo estará acompañado por todos los santos ángeles. En ese tiempo él destruirá el sistema idólatrico que se llama Babilonia, y aquellos que hayan llegado a ser parte de él sentirán la ira de Dios.

Este pasaje no dice que esas personas van a ser atormentadas continuamente en el infierno. Lo que dice es que el

humo de su tormento ascenderá para siempre (Apocalipsis 14:11). A medida que el humo asciende, se va combinando con el aire circundante y se va diluyendo más y más. El rey David escribió en Salmos 37:20: “Los impíos perecerán [no serán torturados para siempre en el infierno] . . . serán consumidos; se disiparán como el humo”.

Este pasaje del Apocalipsis no está diciendo nada acerca de que la gente va a ser torturada para siempre en el infierno. La enseñanza clara de la Biblia acerca del castigo de los impíos es muy diferente, y la hemos explicado en este folleto.

Aquellos que insisten en que la Biblia enseña que habrá un castigo eterno en el fuego deberían preguntarse si esta creencia concuerda con lo que la Biblia nos enseña acerca de Dios. Por ejemplo, ¿cómo puede Dios tratar de una manera justa con aquellos que han vivido y

La palabra hebrea *seol* que se usa en el Antiguo Testamento tiene el mismo significado que la palabra griega *hades* que aparece en el Nuevo Testamento. De hecho, en la versión Reina-Valera de la Biblia (revisión de 1960) y en otras versiones, estas dos palabras no son traducidas al español sino simplemente transliteradas. (Una excepción la encontramos en 1 Corintios 15:55, en donde *hades* se traduce por “sepulcro”).

El *Anchor Bible Dictionary* (“Diccionario bíblico Anchor [ancla]”) nos explica el significado de ambas palabras: “La palabra griega *Hades* . . . se refiere al lugar de los muertos . . . El antiguo concepto hebreo del lugar de los muertos, más comúnmente llamado *Seol* . . . generalmente es traducido por *Hades*, un término que los judíos usaban con frecuencia cuando escribían en griego” (1992, 3:14).

Tanto *seol* como *hades* se refieren a la tumba. Esto lo podemos confirmar al comparar un versículo del Antiguo Testamento con uno del Nuevo. En Salmo 16:10 leemos: “Porque no dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que tu

han muerto sin recibir la oportunidad de ser salvos? Entre éstos están incluidos los millones de bebés que han muerto y los miles de millones de incrédulos o idólatras que han vivido y han muerto sin conocer nunca a Dios ni a su Hijo. Desgraciadamente, la inmensa mayoría de las personas que han existido están dentro de esta categoría.

Ante esta difícil pregunta algunos teólogos suponen que todos aquellos que nunca han tenido la oportunidad de conocer a Dios o de oír el nombre de Cristo recibirán una especie de “pase de favor”. Argumentan que debido a que la ignorancia de tales personas obedece a circunstancias fuera de su control, Dios les permitirá ir al cielo a pesar de su falta de arrepentimiento. Si esto fuera cierto, entonces se abriría la inquietante posibilidad de que los esfuerzos misioneros en algunos lugares serían la causa de que la gente que por alguna razón no aceptara sus enseñanzas, ¡tuviera que agonizar eternamente en las llamas del infierno!

Dilemas como éste han dejado a muchos teólogos y otros cristianos en un callejón sin salida. Por consiguiente, algunos se han atrevido a desafiar el concepto tradicional. “. . . En cada generación hay personas que ponen en tela de juicio la creencia ortodoxa de un tormento consciente que dura para siempre” (*Four Views on Hell* [“Cuatro perspectivas del infierno”], William Crockett, director, 1996, p. 140).

Sin embargo, como ya hemos visto, los concilios eclesiásticos han mantenido la doctrina a lo largo de los siglos. Es muy difícil que desaparezca esta idea tan firmemente arraigada en la creencia tradicional cristiana.

Como lo informó una revista de noticias: “Sin lugar a dudas, las poderosas imágenes del infierno continuarán amenazando a la humanidad, que por más de 2.000 años las ha tenido que sobrellevar como un macabro y siniestro recordatorio de la realidad del mal y sus consecuencias” (*U.S. News & World Report*, 31 de enero de 2000, p. 46). □

santo vea corrupción”. Y en Hechos 2:27 el apóstol Pedro cita este versículo al referirse a Jesucristo; aquí la voz griega *hades* sustituye la palabra hebrea *seol*.

¿Adónde fue Jesús cuando murió? Fue a la tumba; fue puesto en el sepulcro de José de Arimatea. Los dos pasajes, el de los Salmos y el de los Hechos, dicen que el cuerpo de Jesús no se descompuso en la tumba porque Dios lo resucitó.

Los pasajes en que se utilizan estas dos palabras simplemente están hablando acerca de la tumba, el lugar adonde van todos, buenos y malos, cuando mueren.

Otras dos palabras griegas

Hay dos palabras griegas que son traducidas por “infierno” en el Nuevo Testamento. Una de ellas es *tartaroo*, que aparece una sola vez en el texto bíblico (2 Pedro 2:4) y tiene que ver con el lugar donde los ángeles caídos o demonios están guardados en espera del juicio. El verbo *tartaroo* significa “confinar en el Tártaro . . . el Tártaro era el nombre utilizado en la mitología griega para designar el lugar en el que los dioses rebeldes estaban confinados” (Lawrence Richards, *Expository Dictionary of Bible Words* [“Diccionario expositivo de palabras de la Biblia”], 1985).

El apóstol Pedro aludió a la mitología contemporánea para mostrar que a los ángeles pecadores, Dios “los entregó a prisiones de oscuridad, para ser reservados al juicio”. Los ángeles que pecaron están en un lugar o condición de restricción, en espera del juicio final por su rebelión contra Dios y su influencia destructiva en la humanidad. *Tartaroo* se aplica únicamente a los demonios; en ninguna parte se usa para referirse a un fuego infernal en el que los seres humanos son castigados después de la muerte.

La otra palabra griega que es traducida en la Biblia por “infierno” es *gehenna*. Este vocablo tiene que ver con un castigo con fuego, pero *no* en la forma en que la mayoría de las personas se imaginan el infierno.

Gehenna se refiere a un valle justo afuera de Jerusalén. La palabra se deriva del hebreo *Ge-Hinnom*, el valle de Hinom (Josué 18:16). En la época de Jesús este valle era lo que hoy llamaríamos el basurero municipal, el lugar en el que se quemaban todos los desperdicios, desechos y basura, y que constantemente estaba ardiendo. Los cadáveres de los animales y de los criminales despreciables también eran arrojados a la *Gehenna* para ser quemados allí. Jesús habló de este lugar específico y lo que ocurría allí para ayudarnos a entender el castigo que en el futuro tendrán aquellos pecadores que no quieran arrepentirse.

¿Hay gusanos inmortales en el infierno?

En Marcos 9:47-48 Jesús se refirió específicamente a la *Gehenna* y a lo que ocurría allí. Pero sin un entendimiento histórico adecuado, es fácil sacar conclusiones erróneas.

Veamos lo que dijo: “Si tu ojo te fuere ocasión de caer, sácalo; mejor te es entrar en el reino de Dios con un ojo, que teniendo dos ojos ser echado al infierno [*gehenna*], donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga”. Cualquier habitante de Jerusalén hubiera entendido inmediatamente lo que Jesús estaba diciendo, porque la *Gehenna* —el valle de Hinom— estaba al sur de la ciudad, justo fuera de los muros.

Sin este conocimiento, no es difícil formar conceptos erróneos acerca de este versículo. Algunos creen que el “gusano” es el remordimiento de conciencia que la gente sufre en el infierno. “El gusano de ellos no muere’ siempre se ha interpretado figurativamente, como la angustia de la envidia y el remordimiento” (Walker, *op. cit.*, p. 61). Muchos creen, además, que la frase “el fuego nunca se apaga” se refiere a las llamas que siempre arden y torturan a los condenados.

Este pasaje frecuentemente ha sido interpretado sin tener en cuenta el contexto. Al decir “donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga”, Jesús estaba citando de Isaías 66:24. Para entender adecuadamente las palabras de Jesús es necesario examinar este pasaje.

El contexto de Isaías 66 se refiere a la época en la cual Dios dice que “vendrán todos a adorar delante de mí” (v. 23), un tiempo en el que ya no habrá más impíos. ¿Qué les ocurrirá a ellos? En el versículo 24 leemos que las personas “saldrán, y verán los cadáveres de los hombres que se rebelaron contra mí; porque su gusano nunca morirá, ni su fuego se apagará, y serán abominables a todo hombre”.

Tengamos en cuenta que los cuerpos que van a ser afectados por los gusanos estarán *muertos*; no se trata de personas vivas que agonicen en las llamas del fuego. Cuando Jesús regrese, él va a luchar contra todos aquellos que se le opongan (Apocalipsis 19:11-15). Los que caigan en la batalla no van a ser enterrados; sus cadáveres quedarán en la tierra, y las aves de rapiña y los gusanos (cresas) se van a comer su carne.

Según el *Theological Wordbook of the Old Testament* (“Léxico teológico del Antiguo Testamento”), la palabra hebrea original que fue traducida por “gusano” en Isaías 66:24 significa “gusano, cresa, larva”. Ni Isaías ni Jesús estaba

La parábola del rico y Lázaro

Jesús dio una parábola: “Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y de lino fino, y hacía cada día banquete con esplendor. Había también un mendigo llamado Lázaro, que estaba echado a la puerta de aquél, lleno de llagas, y ansiaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico; y aun los perros venían y le lamían las llagas.

“Aconteció que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico, y fue sepultado. Y en el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos, y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno. Entonces él, dando voces, dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua; porque estoy atormentado en esta llama.

“Pero Abraham le dijo: Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro también males; pero ahora éste es consolado aquí, y tú atormentado. Además de todo esto, una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros, de manera que los que quisieren pasar de aquí a vosotros, no pueden, ni de allá pasar acá.

“Entonces le dijo: Te ruego, pues, padre, que le envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que los testifique, a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento.

“Y Abraham le dijo: A Moisés y a los profetas tienen, óiganlos.

“Él entonces dijo: No, padre Abraham; pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán.

“Mas Abraham le dijo: Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se per-

suadirán aunque alguno se levantara de los muertos” (Lucas 16:19-31).

Cuando analizamos este relato a la luz de otros pasajes y su contexto histórico, resulta evidente que es una alegoría, una historia familiar de esa época. Jesús se valió de ella para enseñar un lección espiritual a aquellos que conocían la ley de Dios pero no la guardaban. Nunca pretendió que se tomara literalmente.

El comentarista Lawrence Richards explica que Jesús utilizó el pensamiento judío acerca de lo que ocurría después de la muerte, para hacer hincapié en un importante principio espiritual:

“Según la creencia popular, el Hades no sólo estaba dividido en dos compartimientos, sino que también las personas en el Gan Edén [la morada de los justos] y el Gehinnom [la morada de los injustos] podían tener conversaciones. Los escritos judíos también describen al primero como una tierra verde con aguas dulces que brotan de numerosas fuentes, mientras que el Gehinnom es una tierra no solamente reseca sino que las aguas del río que lo separan del Gan Edén se devuelven cada vez que los sedientos desesperados se arrodillan y tratan de beber.

“... En la historia que relató Jesús, Dios era la única fuente de ayuda con que contaba el mendigo, porque ¡el rico no iba a hacer absolutamente nada por él! ... Es importante reconocer que esta parábola de Jesús era una continuación de su debate con los fariseos sobre el tema de las riquezas. Jesús les había dicho: ‘No podéis servir a Dios y a las riquezas’ (Lucas 16:13). Cuando los fariseos se burlaron de él, Jesús les respondió: ‘Lo que los hombres tienen por

sublime, delante de Dios es abominación’ (Lucas 16:15).

“No hay ninguna duda de que los fariseos no quedaron convencidos... Y Jesús les relató esta historia para subrayarles la importancia de lo que acababa de decir.

“... El mendigo agonizaba abandonado y despreciado en las afueras de la mansión... Seguramente... esta persona riquísima nunca se dignó mirar a este hombre que afuera se estaba muriendo de hambre, aunque Lázaro se hubiera contentado con las migajas que caían de las mesas rebosantes de comida... .

“Pero luego, según lo que dijo Jesús, ambos hombres murieron y súbitamente sus situaciones cambiaron. Lázaro estaba ‘en el seno’ de Abraham, lo que quiere decir que estaba ocupando un lugar de honor en un banquete que simboliza

“Así, el primer punto que quería dejar claro Jesús era obvio. Ustedes fariseos simplemente no pueden amar a Dios y amar el dinero. El amor por el dinero es algo detestable a los ojos de Dios, porque seguramente los llevará a tomar decisiones que son odiosas a los ojos de Dios... .

“Pero Jesús no paró ahí. Él mostró al hombre rico apelando ante Abraham para que mandara a Lázaro a advertir a sus hermanos, quienes vivían tan egoístamente como él. Abraham se negó nuevamente. Ellos tenían ‘a Moisés y a los profetas’ (Lucas 16:31), esto es, las Escrituras. Si no les hacían caso a las Escrituras, tampoco oírían a alguien que hubiera regresado de la muerte... .

“En esencia, Jesús los estaba reprendiendo en forma muy grave: La dureza y falta de arrepentimiento de los fariseos y de los maestros de la ley ante las palabras

Cuando analizamos este relato a la luz de otros pasajes y su contexto histórico, resulta evidente que es una alegoría, una historia familiar de esa época. Jesús se valió de ella para enseñar un lección espiritual a aquellos que conocían la ley de Dios pero no la guardaban. Nunca pretendió que se tomara literalmente.

bendición eterna. Pero el rico estaba en el tormento, separado del lugar de bendición por ‘una gran sima’ (Lucas 16:26). Aunque él suplicaba por tan sólo una gota de agua, Abraham se la negaba. ¡Ningún alivio era posible ni apropiado!

“... El rico ya había recibido las cosas buenas y las había usado exclusivamente para su propio beneficio... La indiferencia del rico hacia Lázaro demostraba cuán lejos estaba su corazón de Dios y cuánto se habían alejado sus caminos de los de Dios. Las riquezas eran suyas, pero él sólo quería usarlas para sí mismo... .

de Jesús reflejaban su dureza ante la Palabra misma de Dios, la cual ellos decían honrar y respetar... .

“Todo este capítulo nos hace entender que si realmente tomamos en serio esta verdad, nuestro concepto acerca del dinero y la forma en que lo manejamos va a cambiar, lo mismo que nuestra respuesta ante las necesidades de los pobres y los oprimidos” (Victor Bible Background Commentary, New Testament [“Comentario de antecedentes bíblicos, de Victor, Nuevo Testamento”), 1992-1998). □

hablando acerca de gusanos inmortales. Los gusanos o larvas que mencionaron nunca morían porque se convertían en moscas. Estas moscas a su vez depositaban huevos que se transformaban en más larvas de moscas y así se perpetuaba el ciclo.

Esta información nos puede servir para entender mejor las palabras de Jesús. En esa época, cuando los cadáveres de animales o de criminales ejecutados eran lanzados al basurero ardiendo de la Gehenna, eran consumidos por los gusanos, por las llamas que siempre ardían, o por una combinación de ambos. En los tiempos antiguos, un cuerpo que no era enterrado sino lanzado al fuego para ser quemado, era considerado como maldito (Josué 6:18; 7:11, 25).

¿Qué quiso decir Jesús en Marcos 9:48 cuando dijo: “. . . el fuego nunca se apaga”? Con lo que hemos explicado, no es difícil entenderlo. Él simplemente dijo que el fuego iba a arder hasta que los cuerpos de los impíos fueran consumidos. Esta expresión, utilizada varias veces en las Escrituras, se refiere al fuego que consume totalmente (Ezequiel 20:47). Tal fuego no podrá ser apagado, pero se extinguirá cuando lo haya consumido todo y ya no tenga nada que lo alimente para seguir ardiendo.

¿Cuándo serán castigados los impíos?

Pero podemos preguntarnos: ¿Cuándo va a ocurrir este castigo? Como hemos visto anteriormente, Jesús citó al profeta Isaías, quien estaba escribiendo acerca de una época *después* de que Jesucristo establezca su reino aquí en la tierra. Sólo entonces “vendrán todos a adorar” delante de él (Isaías 66:23). Sólo entonces se podrá cumplir esta profecía.

Jesús se valió de un basurero muy conocido en aquella época, el que ardía en el valle de Hinom, en las afueras de Jerusalén, para ilustrar el *destino final* de los impíos en lo que las Escrituras llaman el lago de fuego. Así como los desechos de la ciudad eran consumidos por los gusanos y el fuego, los impíos también serán quemados —consumidos— por ese futuro lago de fuego más de mil años después del regreso de Cristo (Apocalipsis 20:11-15).

El apóstol Pedro explica que en esa época “los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán desechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas” (2 Pedro 3:10). Lo que esto implica es que la superficie de la tierra se volverá una masa derretida, borrando todo vestigio de la maldad humana.

¿Qué sucederá después de esto? El apóstol Juan escribe: “Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el

¿Serán algunos torturados para siempre en el fuego?

“El diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 20:10). ¿Acaso dice este versículo que la bestia y el falso profeta serán atormentados por toda la eternidad? Examinémoslo.

La bestia y el falso profeta serán seres humanos. Estando vivos, serán lanzados al lago de fuego. “Y la bestia fue apresada, y con ella el falso profeta que había hecho delante de ella las señales con las cuales había engañado a los que recibieron la marca de la bestia, y habían adorado su imagen. Estos dos fueron lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre” (Apocalipsis 19:20).

Según lo que podemos leer en Apocalipsis 14:10-11 y Marcos 9:47-48, cualquier ser humano que sea lanzado al lago de fuego será destruido. Perecerá. Su castigo será eterno, permanente, pero no será atormentado por toda la eternidad.

En Apocalipsis 20:10 el verbo *estaban* no se encuentra en el texto griego original; esa parte de la oración carece de verbo. Los traductores suplieron la palabra *estaban* para completar la frase en español. La forma verbal correcta debe ser “habían sido lanzados”, que cuadra con la expresión “fue lanzado” utilizada al comienzo de la misma oración, y también con Apocalipsis 19:20. Lo que significa este versículo es que el diablo será lanzado al lago de fuego que ya habrá destruido y consumido a la bestia y al fal-

so profeta. Al parecer, los traductores suplieron la palabra *estaban* debido a su idea preconcebida del alma inmortal y del tormento eterno. En este caso, encontramos una traducción más clara en la Versión Popular: “Y el diablo, que los había engañado, fue arrojado al lago de fuego y azufre, donde también habían sido arrojados el monstruo y el falso profeta. Allí serán atormentados día y noche por todos los siglos”.

Pero ¿quiénes recibirán este tormento perpetuo? Una clave la encontramos en Mateo 25:41: “Entonces [Jesucristo] dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, *al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles*” (ver también Mateo 8:29). Satanás, un ser espiritual, va a sufrir el tormento mucho después de que los hombres impíos hayan sido reducidos a cenizas, y los ángeles malos (los demonios) van a compartir con él su tormento. La bestia y el falso profeta, hombres mortales, ya habrán dejado de existir mil años antes.

La Biblia nos indica que Satanás se ha puesto irrevocablemente en contra de Dios y de su plan, y que ha conducido a millones de ángeles a esta misma rebelión y oposición contra Dios. Solamente Dios en su soberana sabiduría es capaz de determinar un castigo justo para esos espíritus malignos. Los detalles de este castigo no aparecen claramente detallados en la Biblia, pero podemos tener fe y confianza en que será justo, verdadero, correcto e imparcial. Lo que sí está muy claro en la Biblia es el juicio eterno que Dios tiene en mente para su creación humana. □

¿Durará para siempre el tormento de los impíos?

"Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, él también beberá del vino de la ira de Dios . . . y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero; y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen, ni nadie que reciba la marca de su nombre" (Apocalipsis 14:9-11).

A primera vista, esto puede parecer una confirmación de la idea tradicional acerca de un asfixiante y sulfuroso infierno en el que son atormentadas eternamente y sin compasión las indefensas almas inmortales. Pero si no tenemos una idea preconcebida acerca del infierno, no es difícil comprender que lo que este pasaje está describiendo es algo completamente diferente.

Primero, veamos que el *humo* de su tormento asciende para siempre; no dice que su tormento continúa para siempre. El humo es lo que queda de los cuerpos incinerados de aquellos que adoraron "a la bestia y a su imagen" (v. 9).

Otros pasajes nos aclaran que los impíos van a ser destruidos, y uno específica que se convertirán en cenizas bajo los pies de los justos. "He aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho el Eterno de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama. Mas a vosotros los que te-

méis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y saltaréis como becerros de la manada. Hollaréis a los malos, los cuales serán ceniza bajo las plantas de vuestros pies, en el día en que yo actúe, ha dicho el Eterno de los ejércitos" (Malaquías 4:1-3).

Lo que dice Apocalipsis 14:11 acerca de que los impíos "no tienen reposo de día ni de noche" se refiere a todos aquellos que continúen adorando a la bestia y su imagen. Cuando finalmente sean lanzados al lago de fuego, serán consumidos y dejarán de existir para siempre.

Veamos lo que escribió el rey David acerca de los impenitentes en el sentido de que no serán atormentados para siempre: "Mas los impíos perecerán, y los enemigos del Eterno como la grasa de los carneros serán consumidos; se disiparán como el humo" (Salmo 37:20).

Los impíos que no se arrepientan, aquellos que deliberada y conscientemente rehúsen someterse a Dios para obedecerlo y adorarlo, serán consumidos por el fuego. El *humo* de su tormento subirá "por los siglos de los siglos", lo que indica que nada ni nadie va a impedir o a detener este proceso. La palabra griega que corresponde a la expresión "por los siglos de los siglos" no siempre significa la eternidad o infinidad, sino que puede indicar algo que no será detenido, algo que continuará mientras las circunstancias lo permitan. □

mar ya no existía más" (Apocalipsis 21:1). Toda la tierra será transformada en una residencia idónea para los justos, quienes para ese tiempo ya habrán heredado la vida eterna.

El alma y el cuerpo serán destruidos en el fuego

En Mateo 10:28 Jesús habló otra vez acerca del fuego de la Gehenna: "No temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno [*gehenna*]"

Debemos darnos cuenta de que Jesús no estaba hablando de que las personas iban a sufrir un tormento eterno. Él dijo que Dios podía *destruir, aniquilar*, tanto el alma como el cuerpo en la Gehenna.

Jesús explicó aquí que cuando un hombre mata a otro, el resultado es una muerte temporal porque Dios puede resucitar al muerto. Pero cuando Dios destruya a alguien en el "infierno" (*gehenna*), la muerte será eterna. No habrá resurrección de esa muerte, que la Biblia llama "la muerte segunda". La Biblia explica que al final de los tiempos, los pecadores que no se arrepientan serán lanzados al lago de fuego, o Gehenna: "Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda" (Apocalipsis 21:8).

Como ya lo hemos visto, los impíos serán destruidos; no vivirán eternamente en algún lugar o condición de angustia eterna. Al final de los tiempos cosecharán su destrucción en el lago de fuego. Serán consumidos casi instantáneamente por el calor del fuego, y nunca volverán a vivir.

Los impíos se convertirán en cenizas

Otro pasaje que ilustra gráficamente la destrucción total de los impíos se encuentra en el libro de Malaquías: "He aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho el Eterno de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama" (Malaquías 4:1).

El tiempo de esta profecía es el fin de la era actual, cuando Dios castigará a los impíos por su rebelión contra él. A todos aquellos que se rindan a Dios y lo obedezcan, él les dice: "Hollaréis a los malos, los cuales *serán ceniza* bajo las plantas de vuestros pies, en el día que yo actúe, dice el Eterno de los ejércitos" (v. 3).

¿Habla la Biblia de un fuego que arderá para siempre?

Hay un versículo que muchas personas utilizan para probar que los impíos van a ser torturados eternamente en un lago de fuego; se encuentra en Mateo 25:41. Pero ¿dice esto realmente? Analicémoslo.

Primero, veamos la escena completa. Jesús regresa “en su gloria” (v. 31). Se nos dice que él va a separar las ovejas de los cabritos. Las ovejas representan a los justos (v. 32-40). A su regreso él coloca a las ovejas a su derecha. En este pasaje, los cabritos representan a los impíos, y los coloca a su izquierda. Luego a estos últimos los envía “al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles” (Mateo 25:41).

La palabra *eterno* es una traducción de la voz griega *aionios*. Para entender este versículo es necesario entender qué es lo que va a ser “eterno”. ¿Se refiere acaso a una tortura que nunca termina, o tiene otro significado?

En Mateo 25:46 Jesús pronunció una sentencia que era de castigo eterno (*aionios*) o de vida eterna (*aionios*). Dado que los justos van a recibir la vida eterna, que durará para siempre, muchos teólogos creen que el castigo para los impíos va a durar lo que dura la vida de los justos. Pero esta interpretación no está de acuerdo con la afirmación de que aquellos que sean lanzados al lago de fuego van a perecer, morir. Como ya lo hemos visto en esta publicación, los incorregibles van a sufrir la muerte, la segunda muerte (Apocalipsis 2:11; 20:6, 14; 21:8).

Un significado sencillo y claro de Mateo 25:46, y que está de acuerdo con lo

que dice el resto de la Biblia, es que los impíos serán lanzados a un lago de fuego que los destruirá, los extinguirá para siempre. El resultado del castigo de ser enviados a un fuego *aionios* ocurrirá una sola vez. Será un castigo permanente; el resultado de este castigo durará para siempre, esto es, muerte eterna. No será un castigo que se siga infligiendo continuamente y para siempre.

Los impíos que sufran la segunda muerte nunca volverán a vivir; serán destruidos completa y permanentemente. El castigo por fuego traerá muerte eterna; no será una tortura interminable. Esta es la única explicación que está de acuerdo con el resto de las Escrituras.

Conviene señalar otro hecho con respecto a la palabra griega *aionios*. En el Génesis se describe la destrucción de dos ciudades por su gran maldad: “Entonces el Eterno hizo llover sobre Sodoma y sobre Gomorra azufre y fuego de parte del Eterno desde los cielos” (Génesis 19:24). Las poblaciones fueron completamente destruidas, consumidas por el fuego.

En el Nuevo Testamento, el libro de Judas dice que estas ciudades “fueron puestas por ejemplo, sufriendo el castigo del fuego eterno [*aionios*]” (v. 7). Sin embargo, es obvio que el fuego que destruyó Sodoma y Gomorra no continúa ardiendo. En el caso de estas ciudades y en el caso de los impíos, que serán enviados al fuego *aionios*, el fuego los consumirá y los destruirá completamente. El aspecto eterno del fuego es su *efecto* imperecedero; no se refiere a cuánto tiempo arda literalmente. □

Hablando por medio del profeta Malaquías, Dios nos dice en forma inequívoca cuál será el destino final de los impíos. Serán arrancados de raíz, como un árbol estéril, sin dejarle raíz ni rama. Serán completamente consumidos por las llamas del lago de fuego, y quedarán tan sólo las cenizas.

La Biblia ciertamente enseña que los impíos serán castigados por el fuego, pero no en el infierno mítico creado por la imaginación de los hombres. Dios es un Dios de *misericordia*, lleno de *amor*. Aquellos que deliberada y obstinadamente rechacen el camino de Dios, caracterizado por la obediencia a su ley de amor (Romanos 13:10), simplemente morirán. *¡No sufrirán para siempre!* Serán consumidos por el fuego y serán como si nunca hubieran existido. Dios no les dará el precioso don de la vida eterna a quienes persistan en su rebelión contra él, pero tampoco los va a torturar sádicamente por toda la eternidad.

Aun la muerte definitiva de los impíos incorregibles en el lago de fuego es un acto de justicia y de misericordia por parte de Dios. Permitirles que siguieran viviendo una vida sin arrepentimiento, en eterna rebelión, sólo les causaría a ellos y a los demás gran dolor y angustia. La inspiradora verdad de la Biblia nos enseña que Dios es un ser de gran misericordia, sabiduría y justo juicio. Como leemos en Salmos 19:9: “Los juicios del Eterno son verdad, todos justos”.

¿Cuál es la recompensa de los justos?

¿Es la recompensa de los justos una eternidad en el cielo? Durante muchos siglos esta ha sido la esperanza enseñada por el cristianismo tradicional.

¿A qué se asemejaría ir al cielo? ¿Qué haríamos si estuviéramos allí? ¿Cómo se describe el cielo en la Biblia?

Con el paso de los siglos han variado considerablemente las creencias acerca del cielo como la recompensa de los salvos. Muchos cuadros tradicionales del cielo muestran que encima de la entrada hay un arco iris, y con frecuencia hay un puente de oro o de cristal frente a la entrada. San Pedro es representado generalmente como el portero. Los moradores están acompañados por los ángeles, o ellos mismos pueden parecer ángeles, cada uno con su par de alas.

Otra idea muy popular es que los moradores del cielo caminan entre nubes tocando arpas. La decoración del cielo con frecuencia incluye joyas, estrellas, candeleros y trompetas.

Estas ideas representan la visión clásica de algunos artistas, pero otros hombres han tenido diferentes opiniones con respecto a cómo es el cielo. Los teólogos y filósofos de diferentes épocas han adaptado sus conceptos debido a la influencia de la sociedad en que vivieron.

“Monjes y frailes, dependiendo de dónde se sintieran más a gusto, si en el campo o en la ciudad, predicaban un cielo definido principalmente por los términos del medio ambiente” (Colleen McDannell y Bernhard Lang, *Heaven: A History* [“Historia del cielo”], 1988, p. 108).

En otras palabras, los maestros religiosos, dependiendo de sus experiencias y preferencias personales, se han imaginado un paraíso urbano o rural. “El cielo se convirtió en una ciudad . . . o la experiencia de una visión de castillos

celestiales. Los relatos acerca del otro mundo están llenos de descripciones de calles de oro, edificios de joyas, y residentes vestidos lujosamente” (*ibidem*).

Los hombres del Renacimiento se imaginaban un paraíso más sensual. “En su forma más pura, la nueva teología se imaginaba el cielo como un lugar para el amor erótico humano, en un ambiente bucólico en medio de un paisaje natural hermoso” (*ibidem*, p. 112).

Una eternidad en el cielo ¿haciendo qué?

La relación que posiblemente vayan a tener con Dios aquellos que estén en el cielo ha sido largamente debatida. Un autor contemporáneo describe la interacción con Dios de esta manera: “Los santos se van a regocijar eternamente, sin interrupción, mirando a Dios, viendo siempre sus gloriosas perfecciones” (John MacArthur, *The Glory of Heaven* [“La gloria del cielo”], 1996, p. 221).

Otros creen que si esto es lo único que van a hacer, el cielo va a ser un lugar muy aburridor. La oración de muchos podría ser: “Dios, por favor, no me lleves al cielo todavía . . . Todavía no he estado en Hawai!” (*ibidem*, p. 49).

Los conceptos cristianos modernos del cielo varían ampliamente. Otro escritor dijo: “Tengo la teoría de que el cielo les va a ofrecer a los cristianos fieles todo aquello que han sacrificado por el nombre de Jesús. Al amigo que le gusta trepar y escalar montañas, pero que ha tomado la decisión de vivir en uno de los barrios de Chicago, va a tener como suyo propio los valles del Yosemite. Un médico misionero que vive en el desierto reseco de Sudán, tendrá su propia selva tropical para explorar” (Philip Yancey, “What’s a Heaven For?” [“¿Para qué sirve el cielo?”], revista *Christianity Today*, 26 de octubre de 1998).

Para muchos, lo más importante del cielo es la oportunidad que van a tener de volver a ver a sus seres queridos. “Indiscutiblemente, lo más llamativo del concepto moderno del cielo para los cristianos contemporáneos es la esperanza de volver a reunirse en familia. Incontables avisos funerarios en los periódicos de Europa y América reflejan la creencia de que las familias separadas por la muerte volverán a reunirse” (McDannell y Lang, *op. cit.*, p. 309).

Como veremos, Dios tiene un plan para reunir a los seres queridos otra vez. Pero las ideas populares del cielo se quedan muy cortas ante la grandeza y majestuosidad del plan de Dios.

¿Van al cielo las personas que mueren?

La creencia popular es que la gente buena va al cielo inmediatamente después de morir. Mas para los que profesan el cristianismo tradicional, las cosas

no son tan sencillas. Según esta perspectiva, el cuerpo se queda en la tumba, pero el alma va al cielo.

La profesión de fe de Westminster, escrita en el siglo XVII, afirma en parte: “Después de morir, los cuerpos de los hombres regresan al polvo y se descomponen; pero sus almas (que nunca mueren ni duermen), siendo inmortales, regresan inmediatamente a Dios quien las dio. Las almas de los justos, hechas perfectas en santidad, son recibidas en las alturas celestiales, en donde contemplan la presencia de Dios, en luz y en gloria, esperando la redención total de sus cuerpos”.

¿Está de acuerdo este concepto con lo que dice la Biblia? ¿Acaso las Escrituras nos dicen que las personas justas van al cielo después de morir?

David, rey de Israel y autor de muchos de los salmos, a quien Dios llamó “varón conforme a mi corazón” (Hechos 13:22), no fue al cielo después de morir. Hablando por inspiración de Dios, el apóstol Pedro declaró: “Varones hermanos, se os puede decir libremente del patriarca David, que murió y fue

sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy” (Hechos 2:29). Después añadió que “David no subió a los cielos” (v. 34).

David está incluido en Hebreos 11:32 entre aquellos que murieron en la fe, y en el versículo 39 es uno de aquellos de los que se dijo: “Y todos éstos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, *no recibieron lo prometido*”.

Jesús, hablando cerca de mil años después de la muerte de David, dijo: “Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre . . .” (Juan 3:13). Esto quiere decir que Abraham, Moisés, David, los profetas y los demás hombres y mujeres justos que vivieron antes de la primera venida de Cristo *no fueron al cielo*. Simplemente fueron enterrados al igual que David.

Por extraño que parezca, la idea tan generalizada de que el alma de la persona va al cielo después de la muerte, aunque es sostenida muy sinceramente por muchas personas, no se encuentra en la Biblia. Es el resultado de una interpretación errónea de las Escrituras y de la confusión acerca de lo que la Biblia enseña acerca de la resurrección de los muertos.

Vida eterna en el cielo: Una creencia precristiana

La idea de que las “almas” van al cielo después de la muerte del cuerpo, es algo que existía mucho antes del cristianismo. Una mirada a la historia antigua nos revela que los babilonios y egipcios, así como otros pueblos de antaño, tenían creencias similares.

Según el escritor Lewis Brown, al dios egipcio Osiris supuestamente lo habían matado y después, según la leyenda, había resucitado y había ido al cielo: “Osiris volvió a vivir. Fue resucitado milagrosamente de la muerte y llevado al cielo; en el cielo, según afirmaba el mito, siguió viviendo eternamente” (*This Believing World* [“Este mundo creyente”], 1946, p. 83).

Brown explica: “Los egipcios razonaron que si el destino del dios Osiris era el de ser resucitado después de la muerte,

entonces era posible lograr que este también fuera el destino del hombre . . . La bendición de la inmortalidad, que anteriormente estaba reservada tan sólo para los reyes, ahora estaba prometida a todos los hombres . . . Los teólogos egipcios escribieron extensamente acerca de que los muertos seguían existiendo en el reino celestial de Osiris. Se creía que en cuanto la persona moría, el alma iba a una sala de juicio en el cielo . . . y comparecía delante del trono celestial de Osiris, el juez. Allí tenía que rendir cuentas de sí misma a Osiris y sus 42 dioses asociados” (*ibidem*, p. 84).

Si el alma lograba complacer a los dioses, “era llevada inmediatamente a formar parte de la corte de Osiris. Pero si no, si al pesarla en la balanza celestial no daba el peso, entonces era lanzada al in-

fierno para ser despedazada por la ‘Devoradora’. Porque se creía que solamente las almas justas, las almas sin culpa, merecían la vida eterna” (*ibidem*, pp. 86-87).

Brown continúa diciendo: “Por todas partes, en México e Islandia, en Zululandia y en la China, el hombre hace más o menos las mismas especulaciones en su desarticulado intento por resolver el enigma de la existencia. Por esto es tan común este concepto complejo de un dios que ha sido muerto y ha resucitado.

“En tiempos sumamente remotos esta idea floreció no solamente entre los babilonios y los egipcios, sino también entre las tribus bárbaras de Grecia y las tierras circundantes . . . Estos misterios [llegaron] desde Tracia o . . . desde Egipto y Asia Menor . . . Según estos misterios, para todo hombre, no importaba cuán pobre o viciado hubiera sido, había un lugar en el cielo. El único requisito era que uno tenía que ‘iniciarse’ en los secretos de la secta . . . entonces tenía la

salvación asegurada, y ningún exceso de vicio ni ninguna degradación moral podría cerrarle las puertas del paraíso en la cara. Estaba salvado para siempre . . .” (*ibidem*, pp. 96-99).

El hombre siempre ha deseado poder vivir eternamente, pero este mundo y todo lo que ofrece nunca ha podido satisfacerlo. Durante muchos siglos la humanidad ha buscado la seguridad y la felicidad en la esperanza de ir al cielo después de la muerte. Desgraciadamente, ha profesado creencias cuya veracidad no puede ser comprobada.

Dios es el único que tiene las respuestas de los misterios de la vida y la muerte, y las ha revelado por medio de su Palabra, la Santa Biblia. Contrario a lo que muchos suponen, Dios no nos ha prometido que iremos al cielo después de morir. Más bien, lo que Jesús dijo es que aquellos que venzan reinarán con él en ese futuro Reino de Dios que será establecido aquí en la tierra cuando él regrese (Apocalipsis 3:21; 5:10; 11:15). □

¿Para qué sirve la resurrección?

En general, los teólogos reconocen que la Biblia habla acerca de la resurrección, aunque no están muy seguros acerca de lo que esto significa o cuándo va a ocurrir. La idea más común es que en la resurrección, el cuerpo es resucitado para que pueda reunirse con el alma en el cielo. Pero como ya dijimos anteriormente, el concepto de la inmortalidad del alma —el alma que existe aparte del cuerpo— tiene sus orígenes en la filosofía griega, no en los escritos de la Biblia.

Podemos hacernos esta pregunta: Si fuera cierto que en la resurrección el cuerpo es levantado para reunirse con el alma en el cielo, ¿para qué serviría realmente la resurrección? ¿Para qué guardar el cuerpo en la tumba? Si al morir el justo asciende inmediatamente al cielo, ¿por qué Dios no envía todo el ser —cuerpo y alma— simultáneamente, en lugar de mantener el cuerpo y el alma separados durante muchos siglos? Si el alma se va al cielo inmediatamente después de la muerte, ¿para qué molestarse en volver los cuerpos a la vida?

El hecho ineludible es que, según la creencia popular acerca del cielo y el alma, no hay ningún motivo lógico para la resurrección.

¿Por qué existe confusión acerca de cómo encaja la resurrección con la idea más comúnmente aceptada del cielo? Tal vez porque en la Biblia no encontramos respaldo para la idea de que después de morir vamos al cielo.

¿Esperaba el apóstol Pablo subir al cielo?

El apóstol Pablo dedicó su vida a predicar el evangelio del Reino de Dios (Hechos 14:22; 19:8; 20:25; 28:23, 31). Como resultado, sufrió persecución, flagelación y encarcelamiento. Cuando les escribió a los filipenses, estaba viviendo un período de arresto domiciliario en Roma. Pablo sabía que el gobierno romano tenía la autoridad para condenar a los prisioneros a la muerte; y aunque fuera liberado por algún tiempo, bien sabía lo que el futuro podría depararle.

En Filipenses 1:23-24 él escribió acerca del futuro inmediato: “De ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo

de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor; pero quedar en la carne es más necesario por causa de vosotros”.

Muchos han pensado que estas palabras indican que Pablo creía que en el momento de la muerte se iba a reunir con Cristo en el cielo. Sin embargo, esto no es cierto.

Pablo sabía que si era ejecutado tendría que ir al sepulcro y allí permanecería hasta el momento de la resurrección. Sabía que los muertos no tienen conciencia, no piensan nada, pero que en el momento de despertar estaría con Jesucristo quien estaría regresando, y que se

¿Qué es el Reino de los Cielos?

Muchas personas creen que irán al cielo porque en repetidas ocasiones Jesús habló acerca del Reino de los Cielos. En Mateo 5:3 dijo: “Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”. Hay otros tres versículos en el capítulo 5 de Mateo que se refieren a que los justos van a entrar en el Reino de los Cielos. La expresión *Reino de los Cielos* aparece 32 veces en el Evangelio de Mateo.

Sin embargo, es necesario tener en cuenta que Mateo es el único escritor bíblico que utiliza el término *Reino de los Cielos*; todos los demás dicen *Reino de Dios*. Por ejemplo, al registrar la misma enseñanza que acabamos de mencionar, Lucas cita las palabras de Jesús de esta manera: “Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios” (Lucas 6:20). Los dos términos son intercambiables. La expresión *Reino de Dios* aparece 69 veces en el Nuevo Testamento, la mayoría en los evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan.

Como veremos, Jesús no les dijo a sus discípulos que lo que debían esperar era ir al cielo. Les hablaba acerca de un reino cuyo origen y procedencia es de Dios en el cielo y que será establecido en la tierra cuando él regrese. Tengamos en cuenta la explicación que Jesús les dio de que él vendría para reunirse *en la*

reuniría con él y con los otros santos resucitados en ese mismo tiempo.

A la iglesia en Tesalónica Pablo le escribió acerca de la resurrección que ocurrirá cuando regrese Jesucristo: “El Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero” (1 Tesalonicenses 4:16).

Pablo sabía que este sería el único momento, y todavía era algo futuro, en el que las personas resucitadas se reunirían con Cristo. Sabía que sólo en ese momento, él y los demás siervos fieles de Dios recibirían el don de la vida eterna en el Reino de Dios.

Más tarde, cuando ya hubo recibido la sentencia para ser ejecutado (2 Timo-

teo 4:6-7), Pablo escribió acerca de esa época futura: “Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, *en aquel día*; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida” (v. 8). Pablo sabía muy bien que su recompensa la recibiría “en aquel día”, el día de “su venida”, y no en el momento de la muerte.

Entre el momento del último pensamiento de Pablo como ser humano, y el momento en que verá a Cristo en la resurrección, parecerá que no hubo ningún intervalo, que fue instantáneo, porque la Biblia nos dice que los muertos “nada saben” (Eclesiastés 9:5).

Esta es la razón por la cual Pablo se expresó de esta manera en su carta a los filipenses. □

¿Fue al cielo el profeta Elías?

Un acontecimiento bíblico que a veces se cita para respaldar la creencia de que los justos van al cielo después de morir, es algo que le ocurrió a Elías, un profeta de Dios que vivió en el siglo noveno a.C. La Biblia dice: “Elías subió al cielo en un torbellino” (2 Reyes 2:11). ¿Acaso esto contradice la afirmación que hizo Jesús casi 900 años después: “Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre . . .”? (Juan 3:13).

¿Cómo podemos explicar esta aparente discrepancia bíblica? Un análisis detallado nos muestra que ambos pasajes pueden ser reconciliados muy fácilmente.

Un estudio concienzudo nos muestra que hay tres “cielos” que son mencionados en la Biblia. Uno es el lugar donde reside Dios, el lugar de su trono, donde también está el Jesús resucitado. Hablando de Cristo, quien es nuestro Sumo Sacerdote, la Biblia nos dice: “. . . tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos” (Hebreos 8:1). La morada de Dios es llamada específicamente el cielo (Deuteronomio 26:15).

Otro cielo nombrado en la Biblia es lo que nosotros llamamos el espacio sideral, donde están la luna, el sol, los planetas, cometas, asteroides y estrellas. El rey David habló de esto cuando estaba meditando en la impresionante creación de Dios, que él describió con estas palabras: “Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste” (Salmos 8:3). En muchos pasajes se mencionan “las estrellas del cielo” (Génesis 26:4; Deuteronomio 1:10; 28:62; Isaías 13:10).

Y hay otro cielo que es la atmósfera que rodea nuestro planeta, formada por

el oxígeno y otros gases. Este cielo es mencionado en pasajes como Génesis 7:11-12, en el que se describe el gran diluvio de los días de Noé: “. . . las cataratas de los cielos fueron abiertas, y hubo lluvia sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches”. La Biblia también habla de “las aves del cielo”, aquellas que vuelan por encima de nuestras cabezas (Job 35:11; Jeremías 16:4).

Para saber a cuál de estos cielos se está refiriendo la Biblia en el pasaje que estamos estudiando, es necesario considerar detenidamente el contexto. Fue a la parte inferior de esta tercera clase de cielo, la atmósfera de la tierra, adonde fue llevado Elías. Veamos la prueba de esto.

Dios le había dicho anteriormente a Elías que tendría que ungir a un hombre llamado Eliseo, un profeta, para que fuera su sucesor (1 Reyes 19:16). Más tarde, Elías le dijo a Eliseo: “Pide lo que quieras que haga por ti, antes que yo sea quitado de ti” (2 Reyes 2:9). Hablaron entonces acerca de los dones de Dios que Eliseo iba a necesitar para poder cumplir el papel de Elías.

“Y aconteció que yendo ellos y hablando, he aquí un carro de fuego con caballos de fuego apartó a los dos; y Elías subió al cielo en un torbellino” (v. 11). Elías se había ido. Los seguidores y estudiantes de Elías ahora sabían que Eliseo era su nuevo dirigente. “Viéndole los hijos de los profetas que estaban en Jericó al otro lado, dijeron: El espíritu de Elías reposó sobre Eliseo. Y vinieron a recibirle, y se postaron delante de él” (v. 15).

Muchos lectores de la Biblia suponen que en este punto Elías fue hecho inmortal y que fue llevado al cielo, al lugar donde reside Dios. Pero no fue así. Los hijos

de los profetas sabían que el torbellino simplemente había llevado a Elías a otro lugar de la tierra. Le dijeron a Eliseo: “He aquí hay con tus siervos cincuenta varones fuertes; vayan ahora y busquen a tu señor; quizá lo ha levantado el Espíritu del Eterno, y lo ha echado en algún monte o en algún valle” (v. 16).

Los discípulos estaban preocupados por la seguridad de Elías, así que enviaron un grupo de 50 hombres para que lo buscaran. Éstos lo buscaron durante tres días, pero no lo pudieron encontrar (v. 17).

Hay otro pasaje que prueba de una manera contundente que Elías no se fue para el cielo. La Biblia nos dice que varios años después de haber sido llevado por el torbellino, Elías le escribió una carta a Joram, rey de Judá.

Veamos lo que sucedió, tal como está registrado en la Biblia. El último acto de

Joram fue un rey perverso y llevó a la nación de Judá a rebelarse contra los mandamientos de Dios. Llevaba algunos años el reinado de Joram, y habían transcurrido varios años desde la desaparición de Elías, cuando éste le escribió una carta a Joram para advertirle acerca de las graves consecuencias de sus pecados. Esto aparece en 2 Crónicas 21:12-15.

Esta carta nos demuestra que el profeta todavía estaba vivo en la tierra varios años después de haber sido trasladado en el torbellino y reemplazado por Eliseo. Dios había escogido a Eliseo para que sucediera a Elías y fuera su profeta; lo único que hizo fue trasladar a Elías a otro lugar, y después permitió que continuara viviendo varios años más, como lo comprueba la carta a Joram.

Después de que Elías escribiera esta carta, la Biblia ya no vuelve a mencionar nada con respecto a él. Pero obviamente

Hay un pasaje que prueba de una manera contundente que Elías no se fue para el cielo. La Biblia nos dice que varios años después de haber sido llevado por el torbellino, Elías le escribió una carta al rey de Judá.

Elías del que podemos conocer la fecha, ocurrió durante el reinado de Ocozías, rey de Israel, cuando Elías le dijo que iba a morir por sus pecados (2 Reyes 1:3, 17). El reinado de Ocozías tan sólo duró un año (hacia 850 a.C.).

El traslado y reemplazo de Elías están registrados en el capítulo siguiente de 2 de Reyes. La historia continúa narrándonos los sucesos de la vida de Eliseo, entre ellos un encuentro con Josafat, rey de Judá (2 Reyes 3:11-14). Varios años más tarde (hacia 845 a.C.), Joram, hijo de Josafat, sucedió a su padre como rey de Judá (2 Reyes 8:16).

tuvo que morir, porque como leemos en Hebreos 9:27: “. . . está establecido para los hombres que mueran una sola vez . . .” Elías, al igual que otros profetas y hombres y mujeres justos del Antiguo Testamento, murió en la fe, sin haber recibido la vida eterna en el Reino de Dios (Hebreos 11:39).

Como podemos ver en estos pasajes, un estudio cuidadoso de las Escrituras nos permite entender que la milagrosa ascensión de Elías en un torbellino estaba relacionada con su traslado a otro sitio geográfico, no con la vida eterna en el cielo. □

tierra con sus seguidores, en el momento de su regreso, en lugar de llevárselos al cielo para estar con él donde reside actualmente.

Después de la crucifixión y la resurrección de Jesús, él estuvo 40 días enseñándoles a sus discípulos, instruyéndolos acerca del Reino de Dios (Hechos 1:3). Después, subió a su Padre en el cielo. Veamos la instrucción que recibieron sus discípulos después de que él ascendió al cielo: “Y habiendo dicho estas

¿Están en el cielo los seres humanos que han sido salvos?

“Después de esto oí una gran voz de gran multitud en el cielo, que decía: ¡Aleluya! Salvación y honra y gloria y poder son del Señor Dios nuestro” (Apocalipsis 19:1). ¿Quiénes componen esta gran multitud? Las voces que alaban a Dios, ¿proceden de seres humanos que están viviendo en el cielo? ¿Ha ascendido al cielo algún ser humano?

Leamos la respuesta en Juan 3:13: “Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre [Jesucristo], que está en el cielo”. Este versículo nos aclara dos cosas importantes. Primero, estas son las propias palabras de Jesús. Si alguno hubiera ido al cielo, Jesús seguramente lo sabría. Segundo, el apóstol Juan escribió estas palabras muchos años después de la muerte y ascensión de Jesús al cielo, y todavía afirmaba que *nadie*, excepto Jesús, había subido al cielo.

¿De quiénes, entonces, eran las voces que Juan mencionó en el Apocalipsis? Varias veces en este libro se hace referencia a gran número de voces; veamos dos ejemplos de esto. Primero: “Los cuatro seres vivientes . . . no cesaban día y noche de decir: Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir” (Apocalipsis 4:8).

Segundo: “Y siempre que aquellos seres vivientes dan gloria y honra y acción de gracias al que está sentado en el trono, al que vive por los siglos de los siglos, los veinticuatro ancianos se postran delante del que está sentado en el trono, y adoran al que vive por los siglos de los siglos, y echan sus coronas delante del trono, diciendo: Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas” (vv. 9-11).

La Biblia también nos enseña que hay muchos millones de ángeles que están delante del trono de Dios y exclaman con fuertes voces. “Miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y su número era millones de millones, que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza” (Apocalipsis 5:11-12).

Hemos visto que las Escrituras nos prueban que ningún ser humano—excepto Jesucristo—ha entrado en el cielo. Por lo tanto, las voces mencionadas en Apocalipsis 19 son de los seres angélicos que están alrededor del trono de Dios. □

cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos. Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, he aquí se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, *así vendrá como le habéis visto ir al cielo*” (Hechos 1:9-11).

Jesús habló en repetidas ocasiones de su regreso para establecer el Reino de Dios aquí en la tierra (Mateo 25:31-34; Lucas 21:27-31). Regresará a la tierra y

¿Fue llevado Enoc al cielo?

Algunas personas suponen que Génesis 5:24 y Hebreos 11:5 declaran que Dios llevó a Enoc al cielo. ¿Es esto verdad?

En Génesis 5:24 leemos: “Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios”. Y Hebreos 11:5 añade: “Por la fe Enoc fue traspuesto para no ver muerte, y no fue hallado, porque lo traspuso Dios; y antes que fuese traspuesto, tuvo testimonio de haber agradado a Dios”.

Ninguno de estos versículos nos dice cómo o adónde lo llevó Dios; solamente nos dicen que lo hizo. ¿Se llevó Dios a Enoc al cielo? Claro que no, porque Jesús mismo dijo: “Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre . . .” (Juan 3:13).

Más adelante, Hebreos 11 nos hace una lista de hombres y mujeres de la Biblia que fueron fieles (entre ellos Enoc) y concluye que “. . . aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, *no recibieron lo prometido* . . .” (v. 39). Resulta obvio, pues, que Enoc ni subió al cielo ni recibió la vida eterna prometida.

¿Qué ocurrió con Enoc? Génesis 5:23 nos dice que finalmente Enoc murió: “Y fueron todos los días de Enoc trescientos sesenta y cinco años”. Él vi-

vió 365 años y no más; no está todavía vivo y caminando con Dios. La expresión “fueron todos los días” se utiliza en ese mismo capítulo para referirse por lo menos a ocho personas más, y todas, por supuesto, murieron.

En Hebreos 11:5 se nos dice que Enoc “fue traspuesto”. La misma palabra griega traducida como “fue traspuesto” se usa también en referencia a los restos del patriarca Jacob y sus hijos, que fueron trasladados desde Egipto hasta la tierra de Canaán, donde finalmente fueron sepultados (Hechos 7:15-16).

Las Escrituras simplemente no nos revelan todos los detalles de lo que ocurrió con Enoc. Pero sí nos dicen que en una forma similar Elías fue trasladado en un torbellino a otro sitio geográfico y que más tarde murió. (Al respecto, puede leer el recuadro “¿Fue al cielo el profeta Elías?”, en las páginas 34-35.)

Dios le dijo a Moisés que subiera al monte Nebo para que muriera allí, y al parecer estaba solo (Deuteronomio 32:48-50). Luego, Dios enterró su cuerpo en un sitio desconocido para todos, probablemente para evitar que fuera convertido en un lugar idólatrico. Algo similar pudo haber ocurrido con Enoc. □

establecerá su reino *aquí*, no en el cielo. En lo que se conoce comúnmente como la oración del Padre nuestro, Jesús instruyó a sus seguidores a orar así a su Padre celestial: “*Venga tu reino*” (Mateo 6:10; Lucas 11:2). Este reino es una meta tan real que todo cristiano debe orar por que venga pronto (Mateo 6:33).

En Lucas 19:12 Jesús habló acerca de sí mismo en una parábola, y se comparó a “un hombre noble [que] se fue a un país lejano, para recibir un reino y

El ladrón en la cruz

Cuando Jesús agonizaba colgado en la cruz, le dijo a un criminal convicto que había sido crucificado con él: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:43). Muchas personas creen que lo que Jesús le estaba asegurando era que iría al cielo con él ese mismo día. ¿Es esto lo que realmente dijo?

Primero que todo, preguntémosnos de qué paraíso estaba hablando Jesús. La palabra traducida por “paraíso” aparece solamente en otros dos versículos del Nuevo Testamento. En ambos casos hace referencia al lugar donde está la presencia de Dios.

En 2 Corintios 12:2-4 el apóstol Pablo describió una visión en la que él “fue arrebatado al paraíso” (v. 4). Dijo que este paraíso estaba en “el tercer cielo” (v. 2), el lugar donde mora Dios.

Jesús nos dice que “el árbol de la vida . . . está en medio del paraíso de Dios” (Apocalipsis 2:7), y en Apocalipsis 22:2 se nos explica que el árbol de la vida va a estar en la nueva Jerusalén. Después de las resurrecciones mencionadas en Apocalipsis 20, Dios vendrá de los cielos para establecer su morada en la nueva Jerusalén (Apocalipsis 21:2-3). No será hasta ese tiempo que el hombre va a poder morar con Dios en el paraíso. Al comparar todos estos pasajes podemos ver que el paraíso

mencionado por Jesús en el que el hombre morará con Dios, es algo que todavía está en el futuro.

¿Cómo podemos estar seguros de que esto es lo que Jesús quiso decir? Podemos saberlo porque la Biblia claramente dice que él *no* ascendió al paraíso en ese día; estuvo tres días enteros en el sepulcro. “Primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras” (1 Corintios 15:3-4).

Veamos lo que Jesús le dijo a María Magdalena después de haber sido resucitado: “¡Suéltame!, porque *aún no he subido a mi Padre . . .*” (Juan 20:17, Reina-Valera 1995). Tres días después de su muerte, Jesús mismo dijo claramente que ¡él todavía no había ascendido al cielo!

Jesús permaneció en la tumba por espacio de tres días y tres noches (Mateo 12:40). Las Escrituras no nos dicen en ninguna parte que su cuerpo estaba enterrado pero que su alma se había ido para otro lugar. Él estuvo solamente en el sepulcro. Por lo tanto, el criminal no pudo haberse reunido con Jesús en el paraíso ese día, porque Jesús ni siquiera estaba allí.

Ahora bien, si Jesús no le estaba diciendo a este malhechor arrepentido

volver”. Este “país lejano” es el lugar donde reside su Padre, y se encuentra en el cielo. Jesús va a traer el Reino de Dios a la tierra cuando regrese.

Los evangelistas Marcos, Lucas y Juan utilizaron el nombre *Reino de Dios*. En cambio, la expresión *Reino de los Cielos* aparece sólo en el Evangelio de Mateo; él lo llamó así porque es un reino celestial, de origen divino. En más de 30 pasajes relacionados directamente con Jesucristo, Mateo habló del “reino de

que iba a estar en el paraíso ese día, ¿qué era lo que le estaba diciendo?

El ladrón se había arrepentido mientras estaba crucificado al lado de Jesús, y le dijo: “Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino” (Lucas 23:39-42). El ladrón, como cualquiera que se está enfrentando a una muerte inminente, buscó consuelo y seguridad, y Jesús se los dio.

Sus palabras: “De cierto te digo hoy” son “un modismo hebreo muy común que es utilizado continuamente para hacerle un énfasis muy solemne a algo” (*The Companion Bible*, 1990, apéndice 173, p. 192).

Parte del malentendido que surge de estas palabras de Jesús se debe a que originalmente el texto bíblico no tenía puntuación. Además, en el texto original no hay palabra que corresponda al *que* que aparece en la versión española de este versículo. La mayoría de los traductores bíblicos, suponiendo que Jesús estaba prometiéndole al malhechor entrada inmediata en el cielo, cambiaron el significado de las palabras de Jesús al no tener en cuenta un modismo de uso común.

Es interesante notar que la versión Reina-Valera, revisión de 1990, vierte el versículo de esta manera: “Entonces Jesús le contestó: Te aseguro hoy, estarás conmigo en el paraíso”. Y la nota explicativa dice lo siguiente: “Este versículo está traducido aquí literalmente. El ‘que’ que aparece en algunas versiones, no se halla en el [texto] original. Jesús no podía haber

prometido llevar al ladrón al paraíso en ese mismo día [porque] . . . el Señor no ascendió al cielo hasta el tercer día. Así lo afirman Juan 20:17 y Juan 19:31-33. Además, el malhechor mismo no pidió a Jesús que lo llevara al paraíso en ese día, sino ‘cuando vengas en tu reino’. La Escritura enseña que la vida eterna no se da al morir, sino al regreso de Cristo. Véase Mateo 16:27 y 2 Timoteo 4:8”.

Jesús nunca dijo ni quiso insinuar que este hombre que estaba agonizando iba a estar con él en el paraíso ese mismo día. Lo estaba animando al asegurarle que vendría una época, en el futuro Reino de Dios aquí en la tierra, en que sería resucitado y lo vería a él nuevamente. Jesús podía hacer esta afirmación porque percibía la actitud arrepentida del ladrón y que lo reconocía como el futuro rey del Reino de Dios.

Debemos recordar que cuando Jesús fue llevado delante de Poncio Pilato, le dijo al procurador romano: “Mi reino no es de este mundo . . .” (Juan 18:36). En esta frase contundente, él confirmó que su reino, su dominio, su gobierno —el paraíso de Dios— pertenecían a una época futura, que todavía estaba por llegar. El Reino de Dios será revelado a la segunda venida de Cristo.

El verdadero significado de la promesa que le hizo Jesús al ladrón en la cruz se hace claro cuando comprendemos el esquema general del plan de salvación de Dios y las resurrecciones prometidas en la Biblia. □

los cielos”; sin embargo, hubo ocasiones en que empleó indistintamente los términos *Reino de Dios* y *Reino de los Cielos*. Por ejemplo, en Mateo 19:23-24 aparecen ambos nombres, lo que indica claramente que son sinónimos. “El significado de las formas ‘reino de Dios’ y ‘reino de los cielos’ es idéntico . . . puesto que los judíos frecuentemente usaron la palabra ‘cielo’ como una perífrasis respetuosa del nombre divino” (*The Interpreter’s Dictionary of the Bible* [“Diccionario bíblico del intérprete”], 1962, 3:17). (Si desea una explicación más detallada de lo que dicen las Escrituras acerca del Reino de Dios, no vacile en solicitar el folleto gratuito *El evangelio del Reino de Dios*.)

Un reino establecido en la tierra

Una profecía del Antiguo Testamento que se refiere al regreso de Jesús nos indica exactamente el lugar al cual va a regresar para establecer su reino: “Se afirmarán sus pies en aquel día sobre el monte de los Olivos, que está en frente de Jerusalén al oriente . . . Y el Eterno será rey sobre toda la tierra” (Zacarías 14:4, 9).

En el pasaje del libro de los Hechos que describe la ascensión de Jesús, vemos que él estaba en el monte de los Olivos la última vez que habló con sus discípulos, y que desde ese monte ascendió a las nubes a la vista de ellos. De igual manera, él va a regresar al mismo monte cuando venga a comenzar su reinado.

En Mateo 5:5 Jesús nos dice: “Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad”. Este y otros versículos dejan muy claro que los santos reinarán en la tierra en el Reino de Dios. Por ejemplo, en Apocalipsis 5:10, al hablar de los santos resucitados, nos dice: “y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y *reinaremos sobre la tierra*”.

La recompensa de los santos es la vida eterna en el Reino de Dios. La recibirán cuando Cristo regrese, pero como lo hemos visto, ellos reinarán con Jesús en la tierra y no en el cielo.

La resurrección: Promesa de vida después de la muerte

“Cuando el hombre muere, ¿volverá a vivir?” (Job 14:14, Nueva Reina-Valera). Esta pregunta ha inquietado a los hombres desde tiempo inmemorial.

En la Biblia, Dios inspiró al patriarca Job no solamente para que hiciera esta importante pregunta, sino para que además la respondiera. Dirigiéndose a Dios, Job le dijo: “Todos los días de mi milicia esperaré, *hasta que venga mi renovación*. Entonces llamarás, y yo te responderé. Pues tú amas la obra de tus manos” (vv. 14-15, NRV). En este pasaje Job hace alusión a que los muertos volverán a vivir por medio de una resurrección.

Otros pasajes del Antiguo Testamento nos hablan de la resurrección. Por ejemplo, en Daniel 12:2 se nos habla de una época futura en la que “muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados . . .”

Pero en aquellos días el concepto de la vida eterna no se entendía en toda su plenitud. Fue necesario que Jesucristo revelara la verdad en forma más completa. Él dijo: “No se asombren de esto, porque viene la hora en que *todos* los que están en los sepulcros oirán su voz, y saldrán de allí. Los que han hecho el bien resucitarán para tener vida, pero los que han practicado el mal resucitarán para ser juzgados” (Juan 5:28-29, Nueva Versión Internacional). También declaró: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá” (Juan 11:25). Por medio de Cristo nosotros tenemos la oportunidad de “resucitar para tener vida”, “porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados” (1 Corintios 15:22).

La maravillosa enseñanza de la resurrección, el hecho de que el hombre puede escapar del poder del sepulcro, puso al cristianismo en una categoría aparte de las demás religiones y filosofías del primer siglo. Entre las diferentes sectas judías el concepto de la resurrección era muy controvertido; algunos negaban dogmáticamente que los muertos pudieran volver a la vida, y otros decían que sí era posible (Hechos 23:8).

El mundo en que vivió Jesús, además de ser judío, se hallaba bajo la fuerte influencia cultural de dos imperios —el griego y el romano— que habían dominado sucesivamente el Cercano Oriente por muchos siglos. En las religiones griega y romana había poca esperanza para los muertos.

“Según la antigua creencia griega, y su equivalente romano, una vez que el cuerpo estaba muerto, el alma sin cuerpo tenía una existencia miserable. Tristeza, silencio y desesperanza parecían cernirse sobre la vida después de la muerte . . . Para los hombres de esa época, la muerte era el peor desastre” (J.B. Phillips, *Ring of Truth: A Translator's Testimony* [“Con carácter de verdad: El testimonio de un traductor”], 1967, pp. 40-41).

Un diccionario bíblico nos reafirma el concepto tan desalentador de aquella época y nos dice que la resurrección de Jesucristo les dio a los hombres más que un ápice de esperanza. “Una de las características más sobresalientes de la primera predicación cristiana fue el énfasis en la resurrección. Los primeros predicadores estaban absolutamente seguros de que Jesús había resucitado y, por lo tanto, estaban seguros de que los que creyeran en él también lo harían. Esto es completamente diferente de lo que enseñaban otros maestros del mundo antiguo . . . El común denominador del pensamiento de aquellos tiempos, aun en el mejor de los casos, era la desesperanza ante la muerte. Sin lugar a dudas, en la fe cristiana la resurrección es de primordial importancia” (*New Bible Dictionary* [“Nuevo diccionario bíblico”], 1996, p. 1010).

Una verdad que hizo impacto

La fascinante verdad acerca de la resurrección de Jesús tuvo un impacto profundo y le dio ímpetu a la naciente Iglesia de Dios. En su predicación en el día en que la iglesia fue fundada, que aparece en Hechos 2, el apóstol Pedro proclamó las buenas nuevas: “Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis; a éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole; *al cual*

Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella” (Hechos 2:22-24).

La noticia de la resurrección de Jesús de Nazaret se esparció rápidamente por toda la región. Los discípulos de Jesús, envalentonados por el Espíritu de Dios, comenzaron a predicar con mucho celo. Los que antes eran considerados como una banda de judíos renegados, pronto se convirtieron en el núcleo de una iglesia floreciente.

En esos primeros días la iglesia creció por millares (Hechos 2:41; 4:4). La joven iglesia llevaba un mensaje de esperanza: la esperanza de la vida eterna por medio de la resurrección. Por inspiración de Dios, los discípulos enseñaron que todos aquellos que se arrepintieran, fueran bautizados y recibieran el Espíritu de Dios, serían resucitados (ver Hechos 2:38 y Romanos 8:11).

La resurrección que esperaban los discípulos no tenía nada que ver con el remedo de una existencia inferior que los griegos y los romanos creían que les esperaba después de la muerte. A los discípulos se les exhortó: “Echen mano de la vida eterna” (1 Timoteo 6:19).

Antes de ser crucificado, Jesús les había dicho: “Porque yo vivo, vosotros también viviréis” (Juan 14:19). Jesús también compartió con sus discípulos su plan para la humanidad: “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Juan 10:10). La abundante vida acerca de la cual Jesús estaba hablando alcanza su total realización con la resurrección de la muerte.

La resurrección le da sentido a la vida

En el mundo del primer siglo había numerosas ideas contradictorias acerca de lo que sucedía después de la muerte. Las filosofías paganas habían ocultado la verdad a la mayoría de las personas.

Nuestra situación es semejante. El ateísmo y el agnosticismo han dejado sus huellas, de manera que en el mundo moderno un número muy grande de personas cree que no hay nada después de la tumba. El mundo necesita escuchar y entender el mensaje original de la resurrección que enseñaron Jesús y los apóstoles.

Ahora, al igual que en el mundo antiguo, muchas personas se sienten inquietas acerca del tema de la muerte. Pero la verdad acerca de la resurrección proclamada por la Palabra de Dios puede contrarrestar la ansiedad y la desesperanza que son inherentes a los conceptos falsos.

Al hablar del regreso de Jesucristo y la resurrección de los justos que ocurrirá en ese momento, el apóstol Pablo animó a los creyentes: “Alentaos los unos a los otros con estas palabras” (1 Tesalonicenses 4:18). La verdad de la

resurrección es una gran fuente de consuelo para la ansiedad natural que sentimos ante la muerte.

La resurrección: Un hecho histórico

¿Por qué debemos creer en la resurrección de los muertos? Porque la resurrección es una *hecho* confirmado tanto por la Biblia como por la historia.

Después de la muerte y sepultura de Jesús, su cuerpo desapareció, y aun sus enemigos, aquellos que querían negar su resurrección, no pudieron explicar la razón por la cual el sepulcro de Jesús estaba vacío. La resurrección de Jesús fue confirmada por muchos testigos; en una ocasión fueron más de 500 personas (1 Corintios 15:6). El apóstol Pedro, hablando en nombre de los demás

apóstoles, proclamó con denuedo: “El Dios de nuestros padres *levantó a Jesús* . . . Y nosotros somos *testigos suyos* de estas cosas” (Hechos 5:30-32).

Años más tarde, Pablo también afirmó que “Dios le levantó de los muertos. Y él se apareció durante muchos días a los que habían subido juntamente con él de Galilea a Jerusalén, los cuales ahora son sus testigos ante el pueblo” (Hechos 13:30-31). Los apóstoles y otros miembros de la iglesia primitiva dieron sus vidas como mártires por esta verdad.

Cada uno en su debido orden

Muchos lectores de la Biblia conocen y entienden estos hechos, pero lo que no siempre les es tan claro es que la Biblia habla de *más de una resurrección*.

Jesús y los escritores bíblicos compararon la muerte al sueño

¿Qué le ocurre a una persona cuando muere? En la Biblia la muerte se compara a un estado de sueño. No es un sueño normal, por supuesto; es un “sueño” en el que no hay pensamientos, ni actividad cerebral ni vida alguna. En las Escrituras encontramos muchos pasajes que nos muestran esto.

Por ejemplo, Job habló de la muerte en varias ocasiones. “¿Por qué no morí yo en la matriz, o expiré al salir del vientre? . . . Pues ahora estaría yo muerto, y reposaría; dormiría, y entonces tendría descanso . . . Allí los impíos dejan de perturbar, y allí descansan los de agotadas fuerzas” (Job 3:11, 13, 17).

Siglos después, el relato bíblico de la muerte de Lázaro, amigo íntimo de Jesús, nos enseña que la muerte es como un estado de sueño. “Estaba entonces enfermo uno llamado Lázaro, de Betania . . .” (Juan 11:1). Jesús decidió ir a visitarlo, pero con tal de poder realizar un milagro y así fortalecer la fe de sus discípulos, esperó hasta que Lázaro hubiera muerto.

Antes de ir a Betania, Jesús habló con sus discípulos acerca de la condición de Lázaro, y les dijo que Lázaro estaba dormido y que él iba a ir a despertarlo (v. 11-14). Los discípulos le respondieron que si estaba dormido el sueño le haría bien (v. 12), pero Jesús les dijo claramente: “Lázaro ha muerto” (v. 14). Vemos que Jesús les dijo que Lázaro estaba muerto, pero al mismo tiempo había descrito la muerte como algo parecido al sueño.

Cuando llegó el tiempo de que Jesús actuara, “clamó a gran voz: ¡Lázaro, ven fuera! Y el que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: Desatadle, y dejadle ir” (v. 43-44).

Lázaro no se había ido ni al cielo ni al infierno; tampoco tuvo una “experiencia extracorpórea”. Simplemente había permanecido en el sepulcro, en donde estaba como dormido, hasta que Jesús lo llamó para que saliera de la tumba.

Al igual que Lázaro, todos en el momento en que mueren entran en una

condición algo parecida al sueño. Los muertos no tienen conciencia de nada. La creencia popular es que cuando alguien muere, el cuerpo es enterrado pero el alma permanece consciente y va bien sea al cielo o al infierno. Sin embargo, como ya lo hemos visto, esta creencia no tiene fundamento bíblico.

En otro pasaje relacionado con este tema, el apóstol Pablo se refiere a los muertos en Cristo, que serán resucitados para encontrarse con Cristo en las nubes, como personas que están “dormidas”: “Os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que *durmieron*. Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los *muertos* en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor” (1 Tesalonicenses 4:15-17).

Así que aquellos verdaderos siervos de Dios que estén en sus tumbas van a ser resucitados para ir a recibir a Jesucristo que regresa, junto con aquellos que todavía

estén vivos en Cristo. Todos serán llevados a las nubes para recibir a Cristo que vuelve; esta será “la primera resurrección” (Apocalipsis 20:4-6). Entonces regresarán a la tierra para reinar con él en el Reino de Dios (Apocalipsis 5:10; 11:15).

El hecho de que los muertos, figurativamente hablando, están en un estado como el del sueño, esperando la resurrección, “era la opinión prevalecte hasta bien entrado el quinto siglo” (D.P. Walker, *The Decline of Hell* [“La decadencia del infierno”], 1964, p. 35). El rechazo de la enseñanza bíblica ocurrió varios siglos después de Cristo. La verdad de las Escrituras es que los muertos no tienen conciencia de nada; simplemente yacen en sus tumbas. Ellos, como lo enseñaron Jesús y Pablo, están como “dormidos” y no serán “despertados” hasta el momento de la resurrección.

Todos serán resucitados, algunos para vida eterna en la primera resurrección, y otros a la vida física mil años después (Apocalipsis 20:4-6). Como dijo Jesús: “Vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz” y saldrán (Juan 5:28-29). Esta es la consoladora y reconfortante verdad revelada en las Escrituras. □

Los escritos tanto de Pablo como de Juan nos confirman esta verdad. En 1 Corintios 15:22-23 Pablo escribió: “Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida”.

La referencia a las primicias nos da a entender que hay *otros* frutos que vendrán después. Pablo especifica que Dios ha establecido un orden según el cual todos van a resucitar; no todos serán resucitados en el mismo momento.

Aquellos que creen que las personas van al cielo o al infierno cuando mueren, se sienten confundidos cuando leen en la Biblia que pocos, relativamente, van a ser salvos. Esto se basa en pasajes como Mateo 7:13-14: “Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y *muchos* son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y *pocos* son los que la hallan”.

En estos versículos Jesús explica lo que sucede en este “presente siglo malo” (Gálatas 1:4), en el que Dios no está llamando a todas las personas para convertirlas *ahora*. En Apocalipsis 12:9 leemos que Satanás “engaña al mundo entero”, y Juan escribió: “Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno” (1 Juan 5:19).

Por ahora, la mayor parte de la humanidad está engañada. Jesús dijo: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero” (Juan 6:44). Jesús indicó claramente que sólo unos pocos estarán en la primera resurrección, aquellos que hayan sido llamados específicamente por Dios. La Biblia nos enseña que en la era que precede al regreso de Cristo, Dios está llamando tan sólo a una pequeña parte de la humanidad para que llegue a entrar en su reino.

La primera resurrección

La resurrección de aquellos que sean llamados ahora, aquellos que el apóstol Pablo mencionó como “los que son de Cristo” (1 Corintios 15:23), está descrita con más detalles en el capítulo 20 del Apocalipsis.

Veamos la forma en que Juan describe esta resurrección: “Vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar; y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos; y *vivieron y reinaron con Cristo mil años*. Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años. *Esta es la primera resurrección*” (Apocalipsis 20:4-5).

Nótese que algunos son resucitados en “la primera resurrección”, al principio de los mil años del reinado de Cristo. El uso del término *primera* nos muestra que esta no será la única resurrección.

Otra resurrección

Este mismo versículo nos explica: “Pero *los otros muertos* no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años”. Esta es otra resurrección que ocurre después de la primera, y en esta resurrección *otros* tendrán la oportunidad de recibir la salvación. Durante un período llamado en ocasiones el juicio del gran trono blanco (Apocalipsis 20:11), ellos serán llamados para que puedan entender los caminos de Dios y tener la oportunidad de arrepentirse.

En el versículo 12 vemos más detalles de este tiempo de juicio: “Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras”.

Como ya lo hemos visto, en la era previa al regreso de Cristo, Dios está llamando tan sólo a una pequeña parte de la humanidad. Por lo tanto, la inmensa mayoría de las personas que han vivido nunca han escuchado la verdad de la Biblia ni han tenido la oportunidad de aprender los caminos de Dios y arrepentirse de sus pecados. Pero en lugar de que estas personas sean condenadas a la agonía eterna en un infierno espantoso, la verdad de la Palabra de Dios nos revela un hecho por demás consolador. Dios ofrecerá a todas las personas la oportunidad de recibir la vida eterna; miles de millones de personas recibirán esta oportunidad en la futura segunda resurrección.

Es importante tener en cuenta que el juicio consiste en mucho más que el veredicto final de recompensar o de condenar. El juicio se lleva a cabo durante cierto período, al final del cual se toma la decisión final. Aquellos que resuciten en esta resurrección serán seres físicos, mortales (Ezequiel 37:1-14). Serán instruidos en los verdaderos caminos de Dios y tendrán la oportunidad de demostrar si van a obedecer a Dios o no; finalmente, con base en cómo respondan a Jesucristo, se pronunciará la sentencia. Así, serán juzgados “según sus obras”. Ante esta maravillosa oportunidad de conocer a Dios y entender sus caminos, muchos aceptarán la verdad, se arrepentirán y recibirán el don de la vida eterna.

Las generaciones anteriores resucitarán simultáneamente

Jesús se refirió a este período de juicio cuando mencionó que incluso los pecadores de la destruida ciudad de Sodoma iban a tener la oportunidad de

arrepentirse en un juicio futuro. Cuando envió a sus discípulos con la misión de predicar el evangelio del Reino de Dios (Mateo 10:9-14), les dijo que algunos de los que iban a encontrar rechazarían su mensaje. Al referirse a éstos, Jesús dijo: “De cierto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma y de Gomorra, que para aquella ciudad” (v. 15).

El hecho de que habrá cierto grado de tolerancia en ese día para los habitantes de Sodoma y Gomorra nos muestra que ellos van a tener la oportunidad de entender el camino de Dios, arrepentirse de sus pecados y entrar en el Reino de Dios. Esto se debe a que cuando ellos vivieron, o no tuvieron la oportunidad de conocer a Dios y su camino o no entendieron cabalmente lo que oyeron. El tiempo de su llamado y de su juicio está todavía en el futuro. No se trata de una *segunda* oportunidad de salvación; esta será su *primera* oportunidad, la primera vez que podrán actuar de acuerdo con un verdadero entendimiento de la voluntad de Dios.

En un ejemplo similar, Jesús dijo que sus contemporáneos serían resucitados junto con la gente que había muerto hacía mucho tiempo en la ciudad de Nínive, y también con la “reina del sur”, quien vivió en la época de Salomón. La gente de esas generaciones había muerto hacía muchos siglos, sin tener un entendimiento claro del Dios verdadero, de lo que él requiere del hombre o de su plan de ofrecernos vida eterna por medio de su Hijo Jesucristo.

El hecho de que Dios ofrecerá la salvación a todos los seres humanos de todas las épocas que no lo conocieron a él realmente, nos muestra la gran misericordia que tiene para con toda la humanidad. En Dios no hay parcialidad (Romanos 2:11). Él llama a cada uno en el momento más propicio, y a su tiempo les dará a todos la misma maravillosa oportunidad de recibir su don de salvación y vivir eternamente en su reino.

El castigo de los incorregibles

Las Escrituras nos dicen que, a pesar de la longanimidad y misericordia de Dios, habrá algunos que deliberada y voluntariamente se negarán a arrepentirse de su rebelión contra él.

Hablando de la futura separación entre los justos y los incorregibles, Jesús dijo: “De manera que como se arranca la cizaña, y se quema en el fuego, así será en el fin de este siglo. Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. El que tiene oídos para oír, oiga” (Mateo 13:40-43).

Jesús también habló de quienes rechazarán el conocimiento espiritual que Dios les da, y dijo que esta blasfemia intencional “contra el Espíritu no les será perdonada . . . ni en este siglo ni en el venidero” (Mateo 12:31-32).

Los que finalmente sean lanzados al lago de fuego serán aquellos que “una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo” (Hebreos 6:4), pero después rechazaron definitivamente los justos caminos de Dios. Fueron perdonados y convertidos alguna vez, y recibieron el Espíritu Santo, pero después decidieron rechazar el gobierno de Dios en sus vidas y el precioso conocimiento que les había dado.

Según la Biblia, al que “pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia”, ya no le “queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios” (Hebreos 10:26-29).

Dios ha determinado que todos los incorregibles deberán sufrir “la muerte segunda” (Apocalipsis 20:14), de la cual no habrá resurrección. “He aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho el Eterno de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama” (Malaquías 4:1).

La destrucción en el lago de fuego es el destino de aquellos que rehúsen arrepentirse de su arrogante rebelión, a pesar de la maravillosa oportunidad que Dios les ha ofrecido.

Cuando todo se haya terminado, leemos: “Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda” (Apocalipsis 20:14). El juicio de Dios estará completo. Aquellos que sean salvos nunca tendrán que volver a temer la muerte, pues ésta será sorbida en victoria (1 Corintios 15:54).

Nuestro asombroso futuro

A la luz de las verdades bíblicas que hemos examinado en esta publicación, conviene preguntar: ¿Adónde nos dirigimos? Como hemos visto, las creencias populares acerca del cielo y del infierno son variadas y confusas. Pero hay una cosa en la que todos debemos estar de acuerdo: *Todos moriremos*. En Eclesiastés 9:5 leemos: “Los que viven saben que han de morir”.

Desde tiempo inmemorial la humanidad ha tenido pendiente sobre su cabeza una perspectiva errónea de la muerte. El temor a la muerte es una cruel e insoportable esclavitud.

El comentarista Leon Morris explica cómo la verdad de la resurrección, ejemplificada en la resurrección de Jesucristo, transformó la vida de muchos: “En el primer siglo, esto [el temor a la muerte] era algo muy real. Los filósofos animaban a las personas a tener calma al enfrentarse a la muerte, y algunos lo grababan tenerla. Pero la mayoría de las personas no la conseguían. El temor era algo generalizado, y el desesperanzado tono de las inscripciones en las tumbas así lo demuestra. Pero una de las muchas maravillas del evangelio de Cristo es que libera al hombre y a la mujer de este temor . . . Ellos son salvos con la esperanza segura de la vida eterna, una vida cuya mejor parte está más allá de la tumba” (*The Expositor’s Bible Commentary* [“Comentario bíblico del expositor”], 1981, 12:29).

La Biblia nos revela que la mejor experiencia que el hombre puede tener se encuentra más allá de la tumba. Nos muestra que los cristianos verdaderamente convertidos van a heredar la vida eterna mediante la resurrección y que de ese momento en adelante la muerte nunca volverá a enseñorearse de ellos. “Cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria” (1 Corintios 15:54).

La vida que va a venir será incomparablemente superior a esta existencia temporal. Será una vida llena de propósito y también de placer. El rey David escribió: “Me mostrarás la senda de la vida; en tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre” (Salmos 16:11). Veamos algo de lo que les espera a todos aquellos que reciban la vida eterna.

¿A qué nos pareceremos?

Sabemos en términos generales lo que será la resurrección porque la Biblia nos dice que seremos semejantes al Jesús resucitado. “El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo . . . Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial” (1 Corintios 15:47, 49).

El apóstol Pablo nos declara esta maravillosa verdad: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados. Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Romanos 8:16-18).

Nos dice que en la resurrección tendremos la misma imagen o apariencia que tiene Jesús. Dice que Dios ha determinado que los cristianos verdaderos serán “hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos” (Romanos 8:29). ¿Nos damos cuenta de lo que estamos leyendo? Seremos hermanos de Jesús y compartiremos su misma apariencia; seremos elevados a un plano tan alto que seremos llamados *hijos de Dios* y *hermanos de Jesucristo*.

El apóstol Juan nos confirma que en la resurrección seremos hijos de Dios con la misma imagen o apariencia que Jesús tiene. “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios . . . Amados, ahora somos hijos de Dios, y . . . sabemos que cuando él se manifestó, *seremos semejantes a él*, porque le veremos tal como él es” (1 Juan 3:1-2).

Poseeremos una gloria tan grande que podrá compararse con la gloria de Cristo, aunque nunca seremos iguales a él. Él es el Hijo de Dios que ha existido siempre, superior a todos excepto al Padre.

La gloria de Cristo

¿A qué se parece la gloria de Cristo? Durante su ministerio él les permitió a tres de sus discípulos ver de antemano cómo sería su apariencia en su estado

espiritual glorificado. “Se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz” (Mateo 17:2).

Años más tarde, al escribir el Apocalipsis, el apóstol Juan tuvo una visión de Jesucristo resucitado y glorificado. Veamos cómo describió su impresionante apariencia: “Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; sus ojos como llama de fuego; y sus pies semejantes al bronce bruñido, resplandeciente como en un horno; y su voz como estruendo de muchas aguas . . . y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza” (Apocalipsis 1:14-16). En la resurrección, ¡nosotros también tendremos esta maravillosa apariencia!

Después de su resurrección, Jesús podía volver a tener la apariencia que tenía cuando estaba en la carne. Temprano en la mañana, después de que Jesús hubo salido del sepulcro de piedra, María Magdalena visitó su tumba. Cuando ella vio que el sepulcro estaba vacío, empezó a lamentarse (Juan 20:11). Entonces Jesús le dijo: “Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, pensando que era el hortelano, le dijo: Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré” (vv. 15-16). Jesús se le apareció a María de una forma normal, no con su apariencia radiante. Ella pensó que era el jardinero, debido tal vez a que todavía estaba oscuro (v. 1).

En otra ocasión Jesús se apareció de la nada a sus discípulos en el lugar cerrado en donde estaban reunidos. “Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro, y con ellos Tomás. Llegó Jesús, estando las puertas cerradas, y se puso en medio y les dijo: Paz a vosotros” (v. 26). Después de su resurrección, Jesús pudo pasar a través de barreras sólidas, tales como las paredes del edificio o la piedra que sellaba su sepultura.

De igual manera, cuando nosotros seamos transformados en espíritu, no estaremos limitados por las leyes que gobiernan las cosas físicas. Tendremos la capacidad de materializarnos, pero aun así no estaremos sometidos a las restricciones de movimiento o velocidad como los objetos físicos. Parte de esta transformación será que no necesitaremos el alimento físico para sobrevivir, aunque parece que tendremos la opción de comer por simple placer o para compartir con otros. En una de las apariciones posteriores a su resurrección, Jesús comió en presencia de sus discípulos (Lucas 24:41-43).

Aquellos a quienes Dios les dé vida eterna en la resurrección poseerán para siempre estas características sobrenaturales. Veamos la descripción de la resurrección que se encuentra en el libro de Daniel: “Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua. Los entendidos *resplandecerán como el*

resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, *como las estrellas a perpetua eternidad*” (Daniel 12:2-3).

¿Qué haremos cuando seamos seres espirituales?

Como seres espirituales en la familia de Dios, viviremos y trabajaremos en el mejor ambiente y con logros estupendos. Jesús dijo: “Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Juan 17:3). Nosotros vamos a vivir eternamente con Dios, en su ambiente, que es el mundo del espíritu y de todo poder. No va a ser una existencia de ocio y pereza; estaremos ocupados en actividades positivas. Jesús dijo: “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo” (Juan 5:17). Nosotros también trabajaremos.

Cuando Cristo regrese para establecer el Reino de Dios en la tierra, aquellos que tengan parte en la primera resurrección serán jueces y sacerdotes (Apocalipsis 20:4, 6) y reinarán con él “sobre la tierra” (Apocalipsis 5:10). No iremos al cielo para tener una vida eterna de ocio.

Jesús va a regresar a un mundo que en gran parte se habrá destruido por haber vivido de una forma opuesta a los mandatos divinos. Va a enseñar a todo el mundo a obedecer sus santas leyes. De hecho, va a comenzar una masiva reeducación con el fin de ayudar a las personas a desaprender la forma errónea de hacer las cosas y a aprender por primera vez a seguir los caminos de Dios.

Veamos la profecía de Isaías con respecto al papel que Jesús desempeñará como Rey sobre toda la tierra: “Acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa del Eterno como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán a él todas las naciones. Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte del Eterno, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Eterno. Y juzgará entre las naciones, y reprenderá a muchos pueblos; y volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra” (Isaías 2:2-4).

En esa época Cristo emprenderá la labor de enseñar a las personas que no han conocido el camino de Dios, y le ayudarán todos aquellos que en el momento de su regreso sean transformados y glorificados como hijos de Dios por medio de la resurrección (Lucas 20:36).

Si entramos en esa nueva vida, estaremos llenos de una energía inagotable. Como miembros de la familia de Dios tendremos el poder de su Espíritu. Isaías nos lo describe así: “¿Acaso no lo sabes? ¿Acaso no te has enterado? El SEÑOR

es el Dios eterno, creador de los confines de la tierra. No se cansa ni se fatiga, y su inteligencia es insondable” (Isaías 40:28, Nueva Versión Internacional).

Una transformación gloriosa

Al hablar del suceso que va a transformar nuestros cuerpos mortales, el apóstol Pablo escribió: “Una es la gloria del sol, otra la gloria de la luna, y otra la gloria de las estrellas, pues una estrella es diferente de otra en gloria. Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en *incorrupción*. Se siembra en deshonra, resucitará en *gloria*; se siembra en debilidad, resucitará en *poder*. Se siembra cuerpo animal, resucitará *cuerpo espiritual* . . .” (1 Corintios 15:41-44).

Dios nos dará cuerpos que nunca se cansarán ni enfermarán, mentes con capacidades sobrenaturales semejantes a la que él tiene. Al reinar con Cristo (Apocalipsis 2:26; 3:21), ayudaremos a traer paz a todo el mundo. Colaboraremos para que el conocimiento de Dios, en la gran reeducación que ocurrirá en todo el mundo, llegue hasta los lugares más recónditos. “No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento del Eterno, como las aguas cubren el mar” (Isaías 11:9).

Aquellos que sean transformados al regreso de Cristo serán los verdaderos cristianos que aún estén vivos en ese momento, así como los muertos que fueron llamados, se arrepintieron y vivieron una vida de fiel obediencia a Dios. Estarán incluidos todos los fieles que se mencionan en Hebreos 11, que “conforme a la fe murieron . . . sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra” (Hebreos 11:13).

Entre aquellos que murieron podemos incluir a Abraham, Isaac y Jacob (vv. 17-21). Lo prometido que aún no han recibido es el Reino de Dios. Como explicó Jesús: “Os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos” (Mateo 8:11). Debemos recordar que el Reino de los Cielos es sinónimo del Reino de Dios, el cual Cristo va a establecer aquí en la tierra cuando regrese.

La invitación de Dios

Si usted responde a la invitación de Dios, puede ser uno de aquellos que en todas partes del mundo van a ser resucitados para estar con Cristo en su reino. Dios está cursando esta invitación por medio de la predicación del evangelio, del cual forma parte esta información que usted está leyendo ahora.

Dios no está llamando a todas las personas en esta época. Jesús les explicó a sus discípulos que el entendimiento de la verdad de Dios todavía no estaba disponible para muchos: “Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado” (Mateo 13:11).

En varios pasajes la Biblia habla acerca del “pueblo elegido de Dios”. Éstos han sido llamados a entender estas cosas ahora, en esta época; pero el resto, la inmensa mayoría, será llamado después.

Gran parte de Israel, el pueblo de Dios que es mencionado tantas veces en las Escrituras, no tuvo entendimiento acerca del Reino de Dios. Sus corazones estaban endurecidos, engeuecidas sus mentes. Pero la oportunidad para la mayoría de ellos vendrá en la segunda resurrección. “Lo que buscaba Israel, no lo ha alcanzado; pero los escogidos sí lo han alcanzado, y los demás fueron endurecidos” (Romanos 11:7).

Sin embargo, como se explica en ese mismo capítulo, vendrá una época en la que “todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sion el Libertador, que apartará de Jacob [Israel] la impiedad” (v. 26). Dios llama y escoge a las personas de acuerdo con su perfecto plan y su infinita sabiduría. Cuando su plan ya esté completo, todos reconocerán que Dios es un Dios enteramente justo y bueno.

El apóstol Pedro explica que aquellos que ahora forman parte de la Iglesia de Dios —el Cuerpo espiritual de Cristo— son los que han sido escogidos en esta época para recibir salvación en la primera resurrección. A ellos Pedro les dice: “Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2:9).

Las buenas noticias son que Dios, a su debido tiempo, ofrecerá vida eterna a todo aquel que se arrepienta. Él desea que todos lleguen a entrar en su reino, pues quiere compartir la vida eterna con toda la humanidad (1 Timoteo 2:4; 2 Pedro 3:9).

En una majestuosa visión final de todo lo que Dios tiene reservado para aquellos que le sirvan, el apóstol Juan fue inspirado a escribir un resumen de este futuro en el último libro de la Biblia: “Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron . . . El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo” (Apocalipsis 21:4, 7).

El futuro que Dios tiene planeado para nosotros ¡es más sublime de lo que nos podemos imaginar! Él va a compartir este futuro maravilloso con aquellos que se arrepientan de sus pecados y se conviertan verdaderamente. Y aquellos

que rehúsen obstinadamente arrepentirse, no serán torturados para siempre en el infierno; ellos simplemente dejarán de ser. Pero esto no tiene por qué ocurrirle a usted.

Usted puede entrar en el eterno Reino de Dios si presta atención a las palabras que Jesús pronunció cuando comenzó su ministerio: “El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio” (Marcos 1:15). □

Índice de referencias bíblicas

Génesis	Isaías	25:4123
1:20-21, 24, 306	2:2-453	27:528
2:76	11:954	Marcos
2:176	13:1034	1:1556
3:2-36	40:2853-54	9:47-4819, 23
3:196	66:2322	9:4822
4:109	66:23-2419	Lucas
5:23-2437	Jeremías	6:2033
7:11-1234	16:434	11:238
9:126	Ezequiel	16:13, 1520-21
19:2426	18:4, 207	16:19-3120-21
26:434	20:4722	19:1238-39
Levítico	37:1-1447	20:3653
11:466	Daniel	21:27-3137
Deuteronomio	12:241	23:39-4239
1:1034	12:2-352-53	23:4338
26:1534	Zacarías	24:41-4352
28:6234	14:4, 940	Juan
32:48-5037	Malaquías	3:139, 31, 34, 36, 37
Josué	4:149	5:1753
6:1822	4:1-324	5:25-298
7:11, 2522	4:1, 325	5:28-2941, 45
18:1618	4:38	6:4446
1 Reyes	Mateo	6:507
19:1634	5:333	10:107, 43
2 Reyes	5:540	11:1, 11-14, 43-4444
1:3, 1735	5:44-4515	11:2541
2:9, 11, 15-1734-35	6:1038	11:43-448
3:11-1435	6:3338	14:1943
8:1635	7:13-147, 46	17:353
2 Crónicas	8:1154	17:176
21:12-1535	8:2923	18:3639
Job	9:23-258	19:31-3339
3:11, 13, 1744	10:9-1548	20:1, 11, 15-16, 2652
14:14-1541	10:288, 25	20:1738, 39
35:1134	12:31-3249	Hechos
Salmos	12:4038	1:336
8:334	13:1155	1:9-1136-37
16:1017-18	13:40-4348	2:22-2442-43
16:1151	16:2739	2:2718
19:927	17:252	2:299, 30-31
37:2016, 24	19:23-2440	2:3431
Eclesiastés	25:3116	2:3843
9:57, 33, 50	25:31-3437	2:4143
	25:31-41, 4626	4:443

Hechos (continuación)	Gálatas	Judas
4:12 2	1:4 46	7 26
5:30, 32 45	6:8 10-11	Apocalipsis
7:15-16 37	Filipenses	1:14-16 52
9:40-41 8	1:23-24 32	2:7 38
13:22 9, 30	3:18-19 11	2:11 11, 26
13:30-31 45	1 Tesalonicenses	2:26 54
14:22 32	4:15-17 45	3:21 31, 54
17:31 2	4:16 33	4:2 9
19:8 32	4:18 43	4:8-11 36
20:9-11 8	5:23 9	5:10 31, 40, 45, 53
20:25 32	1 Timoteo	5:11-12 36
23:8 42	2:4 55	6:9-11 9
28:23, 31 32	6:19 43	11:15 31, 45
Romanos	2 Timoteo	12:9 46
2:11 48	4:6-8 33	14:8-11 16
6:16, 20-21 7-8	4:8 39	14:9-11 24
6:23 2, 8-9	Hebreos	14:10-11 23
8:11 43	6:4 49	19:1 36
8:16-18 51	8:1 34	19:11-15 19
8:29 51	9:27 35	19:20 23
11:7, 26 55	10:26-29 49	20:4-5 46
13:10 27	11:5 37	20:4-6 45
1 Corintios	11:13, 17-21 54	20:4, 6 53
15:3-4 38	11:32, 39 31	20:6, 11-15 11
15:6 44	11:39 35, 37	20:6, 14 26
15:22 41	1 Pedro	20:10 23
15:22-23 46	2:9 55	20:11-12 47
15:41-44 54	2 Pedro	20:11-15 22
15:47, 49 51	1:20-21 6	20:14 49
15:50-54 11	2:4 18	21:1 22-25
15:54 49, 50	3:9 15, 55	21:2-3 38
15:55 17	3:10 22	21:4, 7 55
2 Corintios	1 Juan	21:8 8, 11, 25, 26
12:2-4 38	3:1-2 51	22:2 38
	5:19 46	

¿Quisiera usted entender mejor la Biblia?

La Biblia es el mayor éxito de librería en toda la historia. Cada año se venden o se obsequian millones de ejemplares en más de dos mil idiomas o dialectos. No obstante, la Biblia también ha sido clasificada como el libro que menos se ha entendido en la historia.

Quizá usted sea una de esas personas para quienes la Biblia es difícil de entender. Tal vez quisiera saber cómo aplicar mejor sus principios eternos y cómo tener una relación más íntima y personal con su autor, el Creador del universo. Si es así, le tenemos muy buenas noticias.

Usted puede llegar a entender realmente el Libro de los libros. Nos agrada ofrecerle **Cómo entender la Biblia**, un folleto de 34 páginas que contiene principios sencillos y prácticos que pueden ayudarle a comprender las Sagradas Escrituras como nunca antes ha podido hacerlo.

Le invitamos a solicitar esta importante publicación hoy mismo a cualquiera de nuestras direcciones (ver la lista al final de este folleto). Tendremos mucho gusto en enviársela gratuitamente y sin compromiso alguno de su parte. O si así lo prefiere, puede descargarla directamente de nuestro portal en Internet: www.ucg.org.



Otros títulos de interés, también absolutamente gratis:

- *El evangelio del Reino de Dios*
- *Los Diez Mandamientos*
- *El día de reposo cristiano*
- *Las fiestas santas de Dios*
- *Nuestro asombroso potencial humano*
- *El camino hacia la vida eterna*
- *¿Estamos viviendo en los últimos días?*
- *Usted puede entender la profecía bíblica*

¿Qué sucede después de la muerte?

Este es uno de los grandes misterios de la vida: ¿Qué sucede después de la muerte? ¿Será la muerte el final absoluto de nuestra existencia, o seguiremos conscientes en otro lugar u otra condición? ¿Reencarnaremos como otra persona o como algún animal? ¿Volveremos a ver a los seres queridos que tanto extrañamos?

Estas y otras inquietudes les preocupan a muchas personas porque no hallan respuestas satisfactorias. No obstante, la verdad es que *usted puede encontrar las respuestas que busca!*

A pesar de todas sus investigaciones y todo el asombroso conocimiento que ha adquirido, la ciencia no puede decirnos cuándo, dónde ni cómo se originó la vida. Hay una sola fuente de información que nos explica tanto el origen como el propósito de nuestra existencia, y es imprescindible que acudamos a esa fuente para poder entender el misterio de la muerte.

La Biblia nos dice lo que el futuro les depara a los que hayan hecho el bien, a los que hayan hecho el mal, y a los miles de millones que no hayan tenido la oportunidad de conocer a Dios. Usted se sorprenderá al enterarse de lo que las Escrituras realmente dicen acerca de este importante tema.

Nuestro folleto **¿Qué sucede después de la muerte?** le ayudará a entender la verdad que proviene de la Palabra de Dios. Para recibirlo —absolutamente gratis y sin compromiso alguno de su parte— sólo tiene que enviar su solicitud a nuestra dirección más cercana a su domicilio (ver la lista de direcciones que aparece en la última página de este folleto). O si así lo prefiere, puede descargarlo directamente de nuestro portal en Internet: www.ucg.org. □



Si desea más información

Este folleto es una publicación de la Iglesia de Dios Unida, una Asociación Internacional, la cual tiene congregaciones y ministros en México, Centro y Sudamérica, Europa, Asia, África, Australia, Canadá, el Caribe y los Estados Unidos.

Los orígenes de nuestra labor se remontan a la iglesia que fundó Jesucristo en el siglo primero, y seguimos las mismas doctrinas de esa iglesia. Nuestra comisión es proclamar el evangelio del venidero Reino de Dios en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones, enseñándoles a guardar todo lo que Cristo mandó (Mateo 28:18-20).

Consultas personales

Jesús les mandó a sus seguidores que apacentaran sus ovejas (Juan 21:15-17). En cumplimiento de esta comisión, la Iglesia de Dios Unida tiene congregaciones en muchos países, donde los creyentes se reúnen para recibir instrucción basada en las Sagradas Escrituras y para disfrutar del compañerismo cristiano.

Nos esforzamos por comprender y practicar fielmente el cristianismo tal como se revela en la Palabra de Dios, y nuestro deseo es dar a conocer el camino de Dios a quienes sinceramente buscan obedecer y seguir a Jesucristo.

Si usted desea hacer una consulta, bien sea sobre algún pasaje bíblico o sobre la vida cristiana, tendremos mucho gusto en responderle. Además, si tiene interés en asistir a las reuniones de la Iglesia de Dios Unida, será bienvenido.

Puede dirigir su correspondencia a cualquiera de nuestras direcciones. Nos dará mucho gusto servirle en todo lo que esté a nuestro alcance.

Absolutamente gratis

No solicitamos donativos al público. Sin embargo, gracias a la generosidad de los miembros de la Iglesia de Dios Unida y de otros colaboradores que voluntariamente respaldan esta labor, podemos ofrecer todas nuestras publicaciones gratuitamente. □

Direcciones

ARGENTINA

Casilla 6
5570 San Martín, Mendoza

BOLIVIA

Casilla 8193
Correo Central
La Paz

COLOMBIA

Apartado Aéreo 91727
Bogotá, D.C.

CHILE

Casilla 10384
Santiago
Sitio en Internet: www.unidachile.org

EL SALVADOR

Apartado Postal 2499
01101 San Salvador

ESTADOS UNIDOS

P.O. Box 541027
Cincinnati, OH 45254-1027
Sitio en Internet: www.ucg.org

GUATEMALA

Apartado Postal 1064
01901 Guatemala

HONDURAS

Apartado Postal 283
Siguatepeque, Comayagua

MÉXICO

Apartado Postal 4822
Suc. Tec.
64841 Monterrey, N.L.
Sitio en Internet: www.unidamex.org.mx

PERÚ

Apartado 18-0766
Lima